
212 A
La novela
TEATRAL
JOSEFINA ROCA
20 cts.
A DE LAS CAMELIAS
ua en cinco actos
DRO DUMAS (hijo)
Tovar
1920

Año V
N.º 212

LA NOVELA TEATRAL

Madr
Dic.

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.—CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

GALDÓS.—49. Electra.-53.-Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

BENAVENTE. — 9. Todos somos unos. 10. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

QUINTERO.—66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.**Pepita Reyes.

GUIMERA.—113. María Rosa.-114 Tierra baja. 196. Agua que corre.

LINARES RIVAS. 16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo-209. La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-*Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse -24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer -60. Daniel.-69. Amor de Artistas.-77. Aurora. 92. Luciano.-**Juan José.

ZORRILLA —188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-48. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.

VILLAESPESA.—10. El Rey Galaor.—23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-*El Halcónero. **El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.

MARQUINA.—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182 Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.-*Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.

RAMOS CARRION. — 84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant. 179, Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-*La criatura.-90. La Marsellesa.

VITAL AZA.—32. Francfort.-33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.- sueño dorado.-125. El matrimonio int- *Llovido del cielo.-197. El señor cura.- sombrero de copa.-*Con la música a parte.-191. El afinador.-200. Ferecito.

RAMOS CARRION - VITAL AZ

El señor Gobernador.-119. Zaragüeta-1 bo en despoblado.-151. El padrón mu 110 El oso muerto.-132. La ocasión la calva.-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).—44. La cita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. E de la Africana.-91. La Rabalera.-115. L monios en el cuerpo.-178. La Credencia Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-1 octavo, no mentir.

ARNICHES.—La sobrina del cur La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-2 loretes.-21. La señorita de Trevelez.- gentuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAR

15. Alma de Dios.-17. El pobre Valb 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de G 83. El método Górritz.-87. El cuarteto -97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. rro chico.-105. Gente menuda.-122. El Pr Casto.

GARCIA ALVAREZ-MUÑOZ SE

8. El verdugo de Sevilla.- 12. Fúcar 34. La frescura de Lefuente.-51. El Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.- 64 tor yBorrego.-73. Trampa y cartón.193Fa

PASO - ABATI.—13. El rio de oro.- gran tacaño.-116. La Divina Provide 206. Los Perros de presa.

PERRIN-PALACIOS.—74. La Co Faraón.- 80. La manta zamorana.- 81. Giménez.- 89. La Generala.-93. Pepe C do.-109. El Húsar de la Guardia.- 142. ñanza libre.- *Cinematógrafo Nacional. tamen Nacional.-194. Cuadros disolvente La tierrra del Sol.-*Las mujeres d Juan.-146. El País de las Hadas.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3 El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18 El hombr asesinó.-25. La eterna víctima. 26- Jimmy Samson.-27. López de Coria. 31 El misteri cuarto amarillo.- 35. Primerose - 38. Raffles.- 41. Mirandolina.-42. Genio y figura.- 47. Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.- cena de las burlas.- 100 Franz Hallers.- 108. La tía de Carlos - 141. La barba de Ca 103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general .- crimen de la calle de Leganitos.-- 160. La señorita del almacén.- 117. El obscuro do 126. Lo que ha de ser.-143. El Revisor.--153. La Ciclòn.--156La pesca del millón.-140.. Lebonnard.-173. Jettattore.-156. El amor vela.-139. Jarabe de pico.-167. El señor Duque.- 1 Gobernador de Urbequieta.-133. ¡Tocino del cielo¡ 134. Militares y paisanos.--135. Muér verás!-144. Blasco Jimeno.- 152. Don Francisco de Quevedo.- 164. El Ladrón.- 181. El T 189. La casa de los milagros.-198. La Canastilla--185. El primer rorro. 180. Situaciones có en el teatro español.-192. Los amantes de Teruel.-*El Gavilán. - 187. Los amigos del a 190. El duelo. - 199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?- 203. La historia del Don Juan Te 207. Un negocio de oro. - 208. También la Corregidora es guapa. 210. Mister Beverley.

ZARZUELAS

46. La alegría de la huerta. 52. La marcha de Cádiz.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Te nica.-85. La valsa de aceite.-94. El padrino del «nene».- 96. El señor Joaquín.-79. El niño 127. Tonadillas y tonadilleras españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas española Ninon.- 162. Pancho Virondo.- 175. Chistes célebres de zarzuelas españolas,- 184. La dia de Laviña.- 202. La canción del olvido.- 205. El As. - 22. Serafina la Rubiales.- 61. El del cafetín.- 165. La boda de Cayetana.-176. La suerte de Salustiano.-161. Los pendientes Trini.- Charito la Samaritana.-170. La Chicharra.-168. Las Corsarias.- 174. La Madrina.- nido del principal.-204. La suerte perra.-211. Tonadillas y Tonadilleras Españolas.

Número atrasado 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemp

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CO

a Dama de las camelias

DRAMA EN CINCO ACTOS, ORIGINAL DE

ALEJANDRO DUMAS (hijo)

TRADUCIDO POR

Ramón Alvarez Tubau

PERSONAJES

RGARITA GAUTIER. - PRUDENCIA. - SOFIA. - ANA. - OLIMPIA. -ESTER.--NATALIA
)ELA. - ARMANDO DUVAL. - JORGE DUVAL. - GASTON RIEUX.- SAINT-GAUDENS.
STAVO.-EL CONDE DE GIRAY.--EL DOCTOR.--ARTURO.--CRIADOS.-MANDADERO
Caballeros, damas e invitados

ACTO PRIMERO

Bodoir de Margarita

Ana, está cosiendo; Varville, sentado junto a la chimenea. Se oye un campanillazo.

VAR.—Han llamado.

ANA.—Valentín abrirá.

VAR.—¿Será Margarita?

ANA.—Todavía no. No son aun las diez y no debía volver hasta las diez y me-
. ¡Calle! Es la señorita Sofía.

Dichos y Sofía.

SOF.—¿No está Margarita?

ANA.—No, señorita.

SOF.—Pasaba por la puerta y he subido a saludarla un momento; pero puesto
e no está, me voy.

ANA.—Pronto volverá; ¿si quiere usted esperarla?

SOF.—No tengo tiempo, está abajo Gustavo. ¿Margarita sigue bien?

ANA.—Como siempre.

SOF.—Dígala usted que vendré a verla un día de estos. Adiós, Anita. Adiós,
ballero. (Vase.)

VAR.—¿Quién es esta joven?

ANA.—La señorita Sofía.

VAR.—¡Sofía!

ANA.—Una compañera de taller de la señora

VAR.—¿Margarita ha estado en un taller?

ANA.—De ropa blanca.

VAR.—¡Cá!

ANA.—¿No lo sabía usted? Pues no es un secreto para nadie.
VAR.—Es muy bella esta Sofía.
ANA.—Y muy formal.
VAR.—¿Sí? ¿Pues y ese Gustavo que la esperaba?
ANA.—Su marido... es decir, su marido, no... pero lo será.
VAR.—Vamos, sí, su amante. Es muy formal; pero tiene un amante.
ANA.—Que sólo quiere a ella, así como ella no quiere ni ha querido a más que a él.
VAR.—Después de todo, ¿a mí qué me importa? Lo que me inquieta es lo que adelanto en mis pretensiones.
ANA.—Y tan poco.
VAR.—Hay que confesar que Margarita...
ANA.—¿Qué?
VAR.—Demuestra bastante mal gusto en sacrificar a cuantos la solicita ese dichoso señor de Mauriac, que maldito el cariño que puede inspirarle.
ANA.—¡Pobre hombre! Es más bien un padre para ella.
VAR.—Corre por ahí una historia muy patética sobre estas relaciones; desgraciadamente...
ANA.—¿Desgraciadamente?
VAR.—Yo no la creo.
ANA.—(Levantándose.) Oiga usted, señor de Varville; la señora no debe a cuenta de sus acciones y no necesita inventar mentiras para justificar sus f —Esto que le voy a decir lo he visto yo misma, y la señora no me ha encar que se lo cuente a usted, puesto que ningún interés tiene en aparecer me peor a sus ojos. Hace dos años acompañé a la señora a Bagneres, donde restablecerse después de una larga enfermedad. Entre los bañistas habí joven de su misma edad y con idéntico padecimiento, sólo que ya estaba e cer grado. Se parecían como dos gemelas. Esta joven era la señorita de Ma
VAR.—¿Que murió?
ANA.—Sí.
VAR.—Y el Duque, desesperado, encontrando en Margarita la imagen hija, la suplicó le concediera el favor de recibirle y de permitirle quererla a aquélla. Entonces Margarita le confesó su verdadera posición social.
ANA.—Es claro. La señora nunca miente.
VAR.—¡Vaya! Y como Margarita no se parecía a la señorita de Mauriac moral como se parecía en lo físico, el Duque la ofreció cuanto quisiera a c cion de que cambiase de modo de vivir, lo que prometió Margarita, que na mente, a su vuelta de París, faltó a su palabra; y el Duque, al ver que s proporcionaba la mitad de su felicidad, la redujo a la mitad de la renta ofre de tal modo, que hoy se encuentra Margarita con más de cincuenta mil fr de deudas.
ANA.—Que usted ofrece pagar, pero mi señora prefiere deber el dinero demás antes que tenérselo que agradecer a usted.
VAR.—Y sobre todo, que nunca falta un banquero como el señor Con Giray.
ANA.—¡Es usted insoportable! Lo que puedo asegurarle es que la histor Duque es verdadera, y que el Conde es tan sólo un amigo.
VAR.—¿Cómo dice usted?... Un...
ANA.—Sí, un amigo, ¡mala lengua!... Llaman. ¡La señora! ¿Quiere uste le repita lo que acaba de decirme?
VAR.—De ningún modo.

Dichos y Margarita.

MAR.—Di que nos preparen la cena. Van a venir Olimpia y Saint-Gaude quienes he encontrado en la Opera. ¿Usted por acá? (Se sienta cerca de menea.)
VAR.—Como siempre, condenado a esperar a usted.
MAR.—¿Qué tiene usted que decirme?

VAR. Nada de nuevo.
MAR.—¡Siempre lo mismo!
VAR.—¿Es culpa mía el amarla tanto?
MAR.—¡Vaya una razón! Si tuviera que escuchar a cuantos me dicen que me aman, no me quedaría tiempo ni para vestirme. Se lo repito a usted por centésima vez. Está usted perdiendo lastimosamente el tiempo, y si no ha de hablarme usted más que de su cariño, me veré en la necesidad de no recibirle.
VAR.—Sin embargo, el año pasado en Bagneres, me dió usted algunas esperanzas.
MAR.—Es verdad. Pero en Bagneres estaba enferma, me aburría y me servía usted de distracción: aquí no es lo mismo, aquí me siento mejor y no me aburro.
VAR.—Lo cierto es que siendo amada por el Duque de Mauriac...
MAR.—¡Imbécil!
VAR.—O por el Conde de Giray..
MAR.—Puedo querer a quien me plazca. A nadie le importa y a usted menos que a nadie. Si no tiene usted que decir otra cosa, se lo repito, puede usted marcharse. (Varville se pasea.) ¿No quiere usted irse?
VAR.—¡No!
MAR.—Entonces, siéntese usted al piano; es del único modo que se le puede soportar.
VAR.—¿Qué toco?
MAR.—Cualquier cosa.

Dichos y Ana.

MAR.—¿Has encargado la cena?
ANA.—Sí, señora.
VAR.—Oiga usted, Margarita; tengo más de ochenta mil francos de renta.
MAR.—Y yo más de ciento. ¿Viste a Prudencia?
ANA.—Sí, señora.
MAR.—¿Vendrá esta noche?
ANA.—Creo que sí. La señorita Sofía ha venido también.
MAR.—¿Y por qué no me aguardó?
ANA.—La esperaba el señorito Gustavo.
MAR.—¡Ah!
ANA.—También vino el Doctor.
MAR.—¿Qué dijo?
ANA.—Que procure descansar la señora.
MAR.—¡Pobre Doctor! ¡Que descanse y que me cuide! Es su única receta. ¿Y nada más?
ANA.—Han traído un ramo.
VAR.—De mi parte.
MAR.—Rosas y lilas blancas. Toma, ponle en tu cuarto. (Vase Ana.)
VAR.—(Dejando de tocar.) ¿Lo desprecia usted?
MAR.—¿Cóme me llamo yo?
VAR.—Margarita Gautier.
MAR.—¿Cual es mi sobrenombre?
VAR.—La Dama de las Camelias.
MAR.—¿Por qué?
VAR.—Porque sólo esas flores son las que prefiere.
MAR.—Lo que significa que sólo esas flores son las que me gustan y que es inútil regalarme otras. Los perfumes me hacen daño.
VAR —Decididamente tengo poca suerte con usted. Adiós.
MAR.—¡Adiós!

Dichos, Olimpia y Saint-Gaudens.

ANA.—Señora, la señorita Olimpia y el señor Saint Gaudens.
MAR.—¡Gracias a Dios! ¡Cuánto habéis tardado!
OLI.—Saint-Gaudens tiene la culpa.
SAINT.—Siempre tengo yo la culpa. ¡Buenas noches, Varville!

VAR.—Buenas noches.
SAINT.—¿Cena usted con nosotros?
MAR.—No, no.
SAINT.—Y usted, hija mía, ¿cómo se encuentra?
MAR.—Muy bien.
SAINT.—¿Sí? Pues entonces vamos a divertirnos en grande.
OLI.—Siempre hay diversiones donde tú estás.
SAINT.—¡Y este pobre Varville que no nos acompaña! De veras que lo sien Al pasar por la Maison d'Or, he dicho que traigan ostras y un champagne reservan sólo para mí. ¡Es exquisito! ¡exquisito!
OLI.—(Bajo a Margarita.) ¿Por qué no has invitado a Edmundo?
MAR.—¿Por qué no le has traido tú?
OLI.—¿Y Saint-Gaudens?
MAR.—¿Todavía no se ha acostumbrado?
OLI.—Aun no, querida; a su edad es muy difícil crearse una costumbre, y bre todo una buena.
MAR.—La cena debe estar pronto.
ANA.—Dentro de cinco minutos. ¿Dónde servimos? ¿En el comedor?
MAR.—No, aqui. ¿Todavía no se ha marchado usted? (A Varville. Va a la ven na.) ¡Prudencia!
OLI.—¿Vive enfrente Prudencia?
MAR.—En la misma casa; y no estamos separadas más que por el patio. muy cómodo.
SAINT.—¿Y en qué se ocupa esa señora?
OLI.—Es modista.
MAR.—Yo solo compro sus sombreros.
OLI.—Que nunca te pones.
MAR.—Son horribles, pero es una buena mujer, y necesita protección. ¡Pr dencia!
PRU.—(Desde dentro.) ¡Aquí estoy!
MAR.—¿No viene usted?
PRU.—No puedo. Estoy con dos caballeros que me han convidado a cenar.
MAR.—¿Y qué? Tráigalos usted, cenarán aquí y será lo mismo ¿Cómo se ll man esos caballeros?
PRU.—No conoce usted más que a uno. Gastón Rieux.
MAR.—Ya lo creo que lo conozco. ¿Y el otro?
PRU.—El otro es un amigo suyo.
MAR.—Basta con eso. Vengan ustedes en seguida. Hace frío esta noche. (To un poco.) Varville, ponga usted leña en la chimenea, sea usted útil, ya que no pu da ser agradable. (Varville obedece))

Dichos, Gastón, Armando, Prudencia y un Criado.

CRI.—El señor Gastón Rieux; el señor Armando Duval, la señora de Duve noy....
OLI.—¡Qué «chic»! Se anuncia como en el gran mundo.
GAS.—(Ceremoniosamente a Margarita.) ¿Cómo está usted, señora?
MAR.—Perfectamente.
PRU.—¡Cuánta etiqueta!
MAR.—Gastón se ha vuelto un hombre de mundo, y además Eugenia n arrancaría los ojos si le hablara con más confianza.
GAS.—Las manos de Eugenia son demasiado pequeñas y esos ojos demasia grandes.
PRU.—Basta de palabrería. Querida Margarita, permítame usted que la pr sente al señor Armando Duval, el hombre más locamente enamorado de usted cuantos la conocen.
MAR.—Diga usted que pongan dos cubiertos más, porque supongo que e amor no le impidirá comer a este caballero. (Da la mano a Armando que se la besa
SAINT.—¡Ah, querido Gastón, cuánto celebro!...

AS.—Siempre joven, mi viejo Saint-Gaudens.
AINT.—¡Siempre!
AS.—¿Y los amores?
AINT.—Ahí los tiene usted. (Señalando a Olimpia.)
AS.—¡Mi enhorabuena!
AINT.—Tengo un miedo espantoso de encontrarme aquí a Amanda.
AS.—¡Pobre Amanda, le quería a usted mucho!
AINT—¡Demasiado! Y ademas, había por medio un joven de quien ellla no po-
rescindir, su banquero. (Riéndose.)
AS.—¡Ya!
AINT.—¡Yo era su capricho!
AS.—¡Delicioso!
AINT.—Pero tenía que esconderme en los armarios, escaparme por las esca-
s de servicio, esperar en la calle.
AS.—Y eso es poco agradable.
AINT.—¡Al contrario!
AS.—¡Es un gran tipo este viejo! (Acercándose a Margarita.)
AINT.—(A Armando, a quien Prudencia le ha presentado.) ¡Duval! ¿Es usted, acaso,
ente del General Duval?
RM.—¡Mi padre! ¿Le conoce usted?
AINT.—Le conocí hace ya tiempo en casa de la Baronesa de Versay, asi
o a su señora madre de usted, bellísima y excelente señora.
RM.—Murió hace tres años.
AINT.—¡Ah! Dispénseme usted el haberle recordado...
RM.—¿Por qué? Las afecciones grandes y puras son de tal naturaleza, que
de la felicidad de haberlas experimentado, queda siempre el placer de recor-
as.
AINT.—¿Es usted hijo único?
RM.—Tengo una hermana. (Suben hacia el foro y hablan.)
MAR.—(Bajo a Gastón.) Es muy simpático su amigo Armando.
GAS.—¡Ya lo creo! Y además, siente por usted un amor excepcional. ¿No es
to, Prudencia?
PRU.—¿Qué?
GAS.—Decía a Margarita que Armando está loco por ella.
PRU.—¡Y tan loco!
GAS.—¡La ama a usted tanto... que no se atreve a decírselo!
MAR.—(A Varville, que sigue tocando.) ¿Quiere usted hacerme el favor de ca-
se?
VAR.—Siempre me manda usted tocar, y por eso...
MAR.—Cuando estoy sola con usted, pero no cuando hay gente.
OLI.—¿De qué se trata?
MAR.—Escucha y lo sabrás.
PRU.—Y ese amor dura hace dos años.
MAR.—¡Sí! Es un amor en segundo grado como mi enfermedad.
PRU.—El pobre se pasa la vida en casa de Gustavo y Sofía, sólo para oirles
lar de su Margarita.
GAS.—Cuando cayó usted enferma, hace un año, antes de ir a Bagneres, du-
te los tres meses que estuvo usted en cama, le habrán dicho que diariamente
joven venía a preguntar por usted sin decir su nombre.
MAR.—Sí, recuerdo...
GAS.—Pues era él.
MAR.—¡Hola! ¡Señor Duval!
ARM.—¡Señora!
MAR.—¿Sabe usted lo que me están contando? Que durante mi enfermedad vi-
usted todos los días a preguntar por mí.
ARM.—Es verdad, señora.

MAR.—¡Oh! Lo agradezco infinito. ¿Oye usted esto, Varville? No hizo uste otro tanto.

VAR.—Si no hace más que un año que la conozco a usted.

MAR.—Y este señor sólo me conoce hace cinco minutos. ¡No dice usted ma que simplezas! (Ana entra con los criados que traen la mesa.)

PRU.—¡Ea! ¡A la mesa, que me muero de hambre!

VAR.—Hasta la vista, Margarita.

MAR.—¿Cuándo volveré a verle?

VAR.—Cuando usted quiera.

MAR.—¡Entonces, adiós!

VAR.—¡Señores!...

OLI.—¡Adiós, Varville! ¡Adiós, querido! (Se sienta a la mesa.)

Dichos, menos Varville.

PRU.—Es usted muy cruel con el pobre Varville.

MAR.—¡Bah! Es muy cargante. Siempre me está hablando de sus rentas.

OLI.—¿Y qué? Ya quisiera yo que me las ofreciera.

SAINT.—¡Gracias, palomita!

MAR.—¡Vaya! Coman ustedes y beban a su salud; pero no disputen más que preciso para hacer las paces en seguida.

OLI.—¿Sabes lo que me ha regalado por mi cumpleaños?

MAR.—¿Quién?

OLI.—Saint Gaudens.

MAR.—¿Qué te ha regalado?

OLI.—Un coche.

SAINT.—De casa de Binder.

OLI.—Sí; pero no he podido decidirle a que me regale los caballos.

PRU.—Siempre vas ganando el coche.

SAINT.—No ignoras que estoy arruinado, y que me quieres, es natural, desi teresadamente.

OLI.—¡Bonita ocupación!

PRU.—¿Qué animalitos son esos?

GAS.—Perdices.

PRU.—Dame una.

GAS.—¡Se contenta con una! ¡Qué buen diente! ¿Será Prudencia la que arruinado a Saint-Gaudens?

PRU.—¡Prudencia! ¡Prudencia! ¡Vaya un modo de tratar a una señora! En m tiempos ..

GAS.—¡Ah! ¡si nos remontamos a la época de Luis quince! Margarita, sirva ted vino a Armando. ¡Anímate, hombre!

MAR.—¡Vamos, señor Duval, a mi salud!

TODOS.—¡A la salud de Margarita!

GAS.—¿Quiere usted jamón, venerable jamona?

OLI —Eso era hace treinta años.

PRU.—¡Qué gracia! ¿Qué edad crees que tengo?

OLI.—Cuarenta cumplidos.

PRU.—¡Cuarenta años! He cumplido treinta y cinco el mes pasado.

OLI.—¡Pues no aparenta más que cuarenta, mi palabra!

MAR.—Oiga usted, Saint Gaudens, a propósito de edad; me han contado u historia de usted.

OLI.—Y a mí también.

SAINT.—¿Qué historia?

MAR.—Se trata de cierto coche amarillo.

OLI.—¿Tú también sabes?...

PRU.—Venga la historia del coche amarilla.

GAS.—Sí; pero dejadme sentar al lado de Margarita. Me aburro junto a P dencia.

PRU.—¡Qué hombre tan galante!

MAR.—Bien; pero procure estarse quieto.
SAINT.—¡Excelente cena!
OLI.—Ya le veo venir; trata de que olvidemos la historia del coche.
MAR.—¡Amarillo!
SAINT.—¡Ah! ¡No, me es igual!
OLI.—Pues bien; figúrense ustedes que Saint-Gaudens estaba enamorado de ...anda.
GAS.—Eso me conmueve demasiado. Necesito abrazar a Margarita.
OLI.—¡Hijo, es usted insoportable!
GAS.—Olimpia está furiosa porque la destripo el cuento.
MAR.—Olimpia tiene razón; y le voy a mandar a otra mesa como a los niños ...ndo no están juiciosos.
OLI.—¡Sí, sí, que se vaya!
GAS.—Con la condición de que me abrazarán las señoras al final.
MAR.—Bien. Prudencia hará la colecta y le abrazará a usted por todas.
GAS.—No, no; han de abrazarme ustedes.
OLI.—Bueno, le abrazaremos a usted; pero estese usted quieto un día, o mejor ...ho una noche,
GAS.—(Yendo al piano y tocando.) Este piano está desafinado.
MAR.—¡Dale!
GAS.—En resumidas cuentas, ¿qué prueba esa historia que todos conocemos y ...e es más vieja que Prudencia? Pues prueba que Saint Gaudens ha seguido a pie ... coche amarillo del que vió bajarse a Agenor a la puerta de la casa de Aman...; y por lo tanto, que Amanda engañaba a Saint Gaudens. ¡Valiente novedad! ...uién no ha sido engañado?
SAINT.—Es que yo estaba tan seguro de que Amanda me engañaba con Age...r, como de que Olimpia me engaña con Edmundo.
MAR.—¡Bravo, Saint-Gaudens! ¡Saint-Gaudens es un héroe! ¡Viva Saint-Gau...ns! Que las que estén locas por Saint-Gaudens levanten la mano. (Todas la le...ntan.) ¡Qué humanidad! ¡Viva Saint-Gaudens! Gastón toque usted algo para que ...ile Saint-Gaudens.
GAS.—¡No sé más que una polka!
MAR.—¡Vaya por la polka! Vamos, Saint-Gaudens y Armando, separen uste...s la mesa.
PRU.—Yo no he acabado aún.
OLI.—Señores, Margarita ha dicho Armando a secas.
MAR.—¿Sí? Pues voy a remojar su nombre.
GAS.—Darse prisa a bailar, que viene la parte en que me equivoco siempre.
OLI.—¿Y yo voy a bailar con Saint-Gaudens?
MAR.—No, yo bailaré con él. Venga usted acá.
OLI.—Vamos, Armando, vamos. (Margarita baila unos compases y se detiene.)
SAINT.—¿Qué tiene usted?
MAR.—Nada. Un poco de fatiga.
ARM.—¿Se siente usted mal, señora?
MAR.—No, no es nada; sigamos. (Gastón toca. Margarita trata de continuar y se de...ene de nuevo por la fatiga.)
ARM.—¡No toques más, Gastón!
PRU.—¡Margarita se pone mala!
MAR.—Denme ustedes un vaso de agua.
PRU.—¿Qué tiene usted?
MAR.—Lo de siempre. Pero no es nada. Pasen al comedor, fumen un cigarro ... dentro de un instante soy con ustedes.
PRU.—Dejémosla. Prefiere estar sola cuando la ocurre esto.
MAR.—¡Vayan ustedes, vayan!
PRU.—(¡No puede una divertirse un momento en esta casa!)
ARM.—¡Pobre mujer! (Vanse todos.)

Margarita sola, tratando de recobrar la respiración.

(Mirándose en un espejo.) ¡Ah! ¡Qué pálida estoy!... ¡Ah!

(Queda de pié junto a la chimenea con los codos apoyados en el mármol y la cabez entre las manos. Pausa.)

Dicha y Armando.

Arm.—¿Cómo sigue usted, señora?

Mar.—¡Ah! ¿Es usted, Armando? ¡Gracias, me siento mejor! Estoy ya acostumbrada...

Arm.—¡Se está usted matando! Quisiera ejercer alguna influencia sobre usted, por pequeña que fuese, para prohibirla que se perjudicara de ese modo.

Mar.—No conseguiría usted nada. ¿Qué mira usted? ¡Déjelos usted! ¡Esos no se ocupan de mí!

Arm.—Porque no la aman a usted como yo la amo.

Mar.—Cierto. No me acordaba ya de esa terrible pasión.

Arm.—¿Se burla usted?

Mar.—No, pero todos los días oigo lo mismo y ya no me hace efecto.

Arm.—No obstante, mi profundo amor merece al menos una promesa por parte de usted.

Mar.—¿Cuál?

Arm.—Que procure usted poner más empeño en combatir su dolencia: cuidarse.

Mar.—¡Cuidarme! ¿Es eso posible?

Arm.—¿Por qué no?

Mar.—Porque si me cuidara, me moriría. Lo que me sostiene es la vida febri y desarreglada que llevo. Eso se queda para las mujeres que tienen un hogar una familia, amigos cariñosos, alguna afección pura que los estimula a vivir; pero nosotras, cuando no servimos para proporcionar placer o vanidad, se nos abandona o se nos olvida; y las eternas solitorias noches suceden a los eternos y solitarios días. Yo lo sé por experiencia; he estado tres meses en cama, y al cabo de unos días ya no venía a verme nadie.

Arm.—Yo no soy nadie para usted, es verdad; pero si usted quisiera, yo la cuidaría como un hermano, Margarita, y no me apartaría de usted hasta devolverla la salud. Cuando recobrara usted las perdidas fuerzas, podría volver a esta vida; pero quién sabe si preferiría entonces una existencia más reposada.

Mar.—Tiene usted el vino triste, amigo Armando.

Arm.—Y usted no tiene corazón, Margarita.

Mar.—El corazón es la sola cosa que no naufraga en la tempestad que corremos las de mi clase. (Pausa.) ¿Pero me habla usted seriamente?

Arm.—Muy seriamente.

Mar.—Entonces, Prudencia no se ha engañado al decirme que era usted mu romántico... ¿De modo que usted me cuidaría?

Arm.—¡Sí

Mar.—¿Y se consagraría por completo a mí?

Arm.—Cuanto tiempo me pudiera usted soportar sin aburrirse.

Mar.—¿Y usted llama a eso?...

Arm.—Desinteresada afección.

Mar.—¿Y de qué nace esa afección.

Arm.—De la simpatía irresistible que por usted siento.

Mar.—¿Desde cuándo?

Arm.—Desde hace dos años en que la ví pasar a usted altiva, hermosa, sonriente. Desde entonces he seguido desde lejos sus pasos, no la he perdido usted un sólo instante de vista; he sido su sombra invisible y silenciosa.

Mar.—¿Y cómo es que no me lo ha dicho hasta hoy?

Arm.—Porque no la conocía a usted.

Mar.—¿Y por qué no hizo usted porque me lo presentaran? ¿Por qué cuand he estado enferma y venía usted diariamente a informarse de mi estado, no subía

Arm.—¿Con qué derecho hubiera entrado en su casa?

Mar.—Con una mujer como yo no se gastan tantos cumplidos.
Arm.—Siempre se debe ser respetuoso con una mujer... Y además...
Mar.—¿Además?...
Arm.—Tenía miedo de la influencia que pudiera usted ejercer sobre mi vida.
Mar.—¿De modo que está usted verdaderamente enamorado de mí?
Arm.—(Mirándola fijamente). No es hoy cuando debo decírselo.
Mar.—Ni me lo diga usted nunca.
Arm.—¿Por qué?
Mar.—Porque puede resultar una de estas dos cosas: O que yo no le crea a sted, lo que de seguro le ofendería, o que, por el contrario, le crea, y enton- es se vería usted condenado a soportar la carga de una mujer nerviosa, enfer- a y de vida alegre, con una alegría más triste que el dolor y una sonrisa más narga que el llanto. Una mujer que gasta cien mil francos al año, es buena pa- un viejo rico como el duque, pero es muy fatalísima para un hombre como us- d. En fin, no nos pongamos serios ni digamos tonterías. Deme usted la mano, uedemos buenos amigos y vamos al comedor.
Arm.—Vaya usted si gusta. Yo le ruego que me permita permanecer aquí.
Mar.—¿Quiere usted que le dé un consejo? Pues bien; si cuanto me dice es erto, tome usted el tren y escape en seguida. Considere usted siempre lo que oy y lo que valgo. Usted tiene un buen corazón; necesita amar y ser amado; es sted sobradamente sensible para vivir entre nosotras; ame usted a otra mujer, ísese usted y procure ser feliz. Ya ve que soy una buena muchacha y que le ablo con entera franqueza.

Dichos y Prudencia.

Pru.—¿Qué diablos hacen ustedes ahí?
Mar.—Hablar seriamente. En seguida vamos.
Pru.—Bueno, bueno; hablen ustedes tranquilos. (Vase).

Margarita y Armando.

Mar.—De modo que es cosa convenida; seremos amigos, ¿no es verdad?
Arm.—Seguiré su consejo, me marcharé.
Mar.—¿Pero tan serio es ese cariño?
Arm.—Sí.
Mar.—¡Cuántas personas me han dicho lo propio y no se han marchado!
Arm.—Porque usted los detendría.
Mar.—¡Jamás!
Arm.—¿Nunca ha querido usted a nadie?
Mar.—¡Nunca, felizmente!
Arm.—¡Oh, gracias!
Mar.—Gracias, ¿por qué?
Arm.—Por lo que acaba usted de decir. ¡Nada podría hacerme más dichoso!
Mar.—¡Qué original!
Arm.—¡Si yo le dijera a usted, Margarita, que he pasado noches enteras bajo is ventanas, y que guardo hace seis meses un botón de uno de sus guantes!
Mar.—No lo creería.
Arm.—Tiene usted razón, estoy loco, ríase usted de mí. ¡Solo risa merezco! ldiós!
Mar.—¡Armando! No quiero que se marche usted así. ¿Es cierto cuanto usted e dice?
Arm.—¡Aun me lo pregunta!
Mar.—Pues bien, venga a verme y hablaremos.
Arm.—Eso es demasiado y no es bastante.
Mar.—Entonces disponga usted mismo, ordene, cumpliré sus órdenes puesto ie según parece le soy a usted deudora.
Arm.—Respóndame usted.
Mar.—Pregunte.
Arm.—¿Quiere usted ser amada?
Mar.—Según y conforme. ¿Por quién?

ARM.—Por mí.
MAR.—¿Y después?
ARM.—Ser amada profunda, eternamente.
MAR.—¿Eternamente?
ARM.—Sí.
MAR.—Y si yo le dijera a usted que le creo, ¿qué diría usted?
ARM.—¡Diría!...
MAR.—Diria usted lo que dice todo el mundo. En fin, ¡qué me importa! Pue que he de vivir menos que los demás, es preciso que viva más deprisa. Pero tr quilícese usted; por eterno que sea su amor y por corta que mi vida sea, vi más tiempo que su cariño de usted.
ARM.—¡Margarita!
MAR.—Está usted conmovido, quiero creerle y premiar su sinceridad. To usted esta flor. (Le da una camelia.)
ARM.—¿Qué he de hacer con ella?
MAR.—Venir a devolvérmela.
ARM.—¿Cuándo?
MAR.—Cuando esté marchita.
ARM.—¿Y cuánto tardará en marchitarse?
MAR.—Lo que tardan las flores: una noche.
ARM.—¡Oh! ¡Margarita, qué feliz soy!
MAR.—Dígame usted otra vez que me ama.
ARM.—¡Oh, sí! ¡La amo!
MAR.—Ahora, márchese usted.
ARM.—Sí, me marcho. (Sale andando hacia atrás. Vuelve y la besa la mano. Po puerta del comedor se oyen risas y canciones.)

Margarita; después Gastón, Saint-Gaudens, Olimpia y Prudencia.

MAR.—(Sola, mirando la puerta por donde se fué Armando.) ¿Por qué no?... ¿P qué?... Mi vida se me escapa entre estas dos frases.
GAS.—(Entreabriendo la puerta.) ¡¡Coro de aldeanos!!
SAINT.—¡Vivan el señor y la señora Duval!
OLI.—¡Siga el baile de boda!
MAR.—Yo tocaré para que baileis.
SAINT.—¡Caramba! ¡Cómo me divierto, y el pobre Varville!... (Prudencia se p un sombrero de hombre. Gastón uno de mujer, etc., etc. Bailes y canciones. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

Margarita, Prudencia y Ana.

MAR.—(Sentada en el tocador, a Prudencia que entra.) Buenas noches, querida, visto usted al Duque?
PRU.—Sí.
MAR.—¿Qué le ha dado?
PRU.—Aquí está. ¿No me podría usted prestar trescientos o cuatrocien francos?
MAR.—Tómelos usted. ¿Le ha dicho usted al Duque que trataba de irme po gún tiempo al campo?
PRU.—Sí.
MAR.—¿Qué ha contestado?

Pru.—Que tiene usted razón, y que eso puede hacerle gran bien. ¿Y piensa sted ir?

Mar.—Sin duda. Hoy he vuelto a ver la casa.

Pru.—¿Cuánto piden de alquiler?

Mar.—Cuatro mil francos.

Pru.—¿Sabe usted que esto toma carácter de un verdadero amor?

Mar.—Tal vez sea una pasión; tal vez un capricho; comienzo a tener miedo. o que sé es que es algo que sale de los vulgares amoríos que hasta ahora me an rodeado.

Pru.—¿Vino ayer?

Mar.—¡Y usted me lo pregunta!

Pru.—¿Y vuelve esta noche?

Mar.—Pronto llegará.

Pru.—Ya lo sé. Ha estado dos o tres horas en casa.

Mar.—¿Ha hablado de mí?

Pru.—¿De quién si no?

Mar.—¿Qué le ha dicho?

Pru.—Que la adora a usted.

Mar.—¿Hace mucho tiempo que usted le conoce?

Pru.—Sí.

Mar.—¿Le ha visto enamorado alguna vez?

Pru.—Nunca.

Mar.—¿No me engaña usted?

Pru.—Hablo seriamente.

Mar.—¡Si supiera usted que hermoso corazón tiene: cómo me habla de su ma- lre y de su hermana!

Pru.—¡Qué desgracia que corazones como ese no tengan cien mil francos de enta!

Mar.—Qué fortuna, por el contrario. Así están convencidos que se les ama a llos y no a sus riquezas. (Toma la mano de Prudencia y se la lleva al pecho.) ¿No sien- e usted?

Pru.—¿Qué?

Mar.—Cómo late mi corazón; porque son las diez y va a llegar.

Pru.—¿Ahí estamos? Me escapo, no sea enfermedad contagiosa.

Mar.—Ana, vete a abrir.

Ana.—No han llamado, señora.

Mar.—Te digo que sí.

Margarita y Prudencia.

Pru.—Voy a rezar por usted.

Mar.—¿Por qué?

Pru.—Porque está usted en grave peligro.

Mar.—¡Quizá!

Dichas y Armando.

Arm.—¡Margarita!

Pru.—¿No me saluda usted, ingrato?

Arm.—Perdone usted, Prudencia, no la había visto.

Pru.—Vaya, hijos míos, les dejo, no quiero estorbar. Adiós.

Margarita y Armando.

Mar.—Venga usted acá, siéntese usted aquí, caballerito. ¿Me quieres lo mis mo que ayer?

Arm.—No.

Mar.—¿Cómo es eso?

Arm.—Te quiero mil veces más.

Mar.—¿Qué has hecho hoy?

Arm.—He visitado a Prudencia, a Gustavo y a Sofía. He estado en todos los sitios que podía hablar de tí.

Arm.—¿Y esta noche?

ARM.—Mi padre me ha escrito que me esperaba en Tours, y yo le he conte tado que no se incomodara en esperarme. ¿Puedo ir yo ahora a Tours?

MAR.—Sin embargo es preciso no incomodar a tu padre.

ARM.—No tengas cuidado. ¿Y tú, qué has hecho?

MAR.—Yo, he pensado en tí.

ARM.—¿De veras?

MAR.—De veras; y he ideado una porción de proyectos.

ARM.—¡Cuéntamelos!

MAR.—Más tarde.

ARM.—¿Por qué no ahora?

MAR.—Cuando los realice te los diré. Conténtate con saber que sólo de ti m ocupo.

ARM.—¿De mí?

MAR.—Sí, de ti, a quien amo demasiado.

ARM.—Vamos, dime de qué se trata.

MAR.—¿Para qué?

ARM.—Te lo suplico.

MAR.—(Después de un momento de duda.) ¿Te gustaría pasar el verano conmig en el campo?

ARM.—¡Oh!...

MAR.—Pues bien: si mis planes no salen fallidos, y creo que no fallarán, der tro de quince días seré libre: no tendré deudas que me acosen y podremos pasa juntos una temporada.

ARM.—¿Y no puedes decirme cómo conseguirás todo eso?

MAR.—No.

ARM.—¿Has ideado tú sola ese plan?

MAR.—Yo sola.

ARM.—¿Y tú sola lo ejecutarás?

MAR.—(Vacilando.) Sin duda.

ARM.—(Levantándose.) ¿Has leído Manón Lescaut, Margarita?

MAR.—Si, ahi tengo el libro.

ARM.—¿Qué te parece Des Grieux?

MAR.—¿Pero, a qué vienen esas preguntas?

ARM.—Hay un momento en la novela en que Manón ha ideado un plan, qu consiste en pedirle dinero al señor de B y gastárselo después con Des-Grieux Tú, Margarita tienes más corazón que anón, y yo más dignidad que Des-Grieux

MAR.—¿Qué quieres decir?

ARM.—Que si tu plan es de ese género, yo lo rechazo en absoluto.

MAR.—Pues bien, amigo mío, no hablemos más... Qué buen día ha hecho hoy

ARM.—Sí, muy hermoso.

MAR.—¿Habria mucha gente en los Campos Elíseos?

ARM.—Mucha.

MAR.—¿Y la seguirá habiendo hasta la luna nueva?

ARM.—(Sin poderse contener. ¿Qué me importa la luna? ¿y a qué viene habla ahora?...

MAR.—¿De qué quieres que te hable? Cuando te digo que te amo y te doy la prueba de ello, te pones tétrico, insoportable, iracundo...

ARM.—Qué quieres, Margarita, tengo celos hasta de tus pensamientos... y lo que me has propuesto hace poco...

MAR.—¿Volvemos a las andadas?

ARM.—Volvamos, sí. Lo que me has propuesto, me torna loco de alegría; perc el misterio que precede a la ejecución de ese proyecto...

MAR.—Razonemos un poco. Me amas y quisieras pasar algún tiempo a mi lado lejos de este horrible París. ¿No es verdad?

ARM.—Sí.

MAR.—Yo también te amo y también lo ansío vivamente; pero para ello es

preciso dinero, que no tengo. Tú no tienes razón para estar celoso del Duque, conociendo los filiales pensamientos que le inspiro... Pues bien, déjame a mí.

ARM.—Sin embargo...

MAR.—Te amo... Te adoro... No me atormentes más.

ARM.—Pero...

MAR.—¿Convenido?

ARM.—Todavía no.

MAR.—Entonces, ven a verme mañana y hablaremos.

ARM.—¿Que venga mañana? ¿Tan pronto me despides?

MAR.—No te despido, puedes quedarte aun un rato.

ARM.—¿Un rato nada más? ¿Esperas a alguien?

MAR.—¿Vuelves a empezar?

ARM.—¡Margarita, me estás engañando!

MAR.—¿Cuánto tiempo hace que te conozco?

ARM.—Cuatro días.

MAR.—¿Quién me obligaba a recibirte?

ARM.—Nadie.

MAR.—¡Entonces!...

ARM.—¡Perdón, vida mía, perdón!

MAR.—Si seguimos así, pasaré la vida perdonándote.

ARM.—No. Será la última vez. ¿Ves? Ya me voy.

MAR.—Así me gusta. Ven mañana temprano. Almozaremos juntos.

ARM.—¿Hasta mañana?

MAR.—¡Hasta mañana!

ARM.—¿A medio dia?

MAR.—A medio día.

ARM.—¿Me juras?...

MAR.—¿Qué?

ARM.—Que no esperas a nadie.

MAR.—¡Todavía! Te juro que te amo, que no quiero a nadie más que a ti en el mundo.

ARM.—¡Adiós!

MAR.—¡Adiós... niño

Margarita, sola

¿Quién me hubiera dicho hace ocho días, que este hombre, que hasta ignoraba que existiera, ocuparía de tal modo mi pensamiento y mi corazón? ¿Me amará? ¿Estoy yo segura siquiera de amarle, yo que nunca he amado?... ¡Eh! ¿Por qué sacrificar una alegria? ¿Por qué no satisfacer los caprichos de un alma? ¿Quién soy? Una hija de la casualidad; dejemos, pues, a la casualidad hacer de mí lo que quiera. Sin embargo, me siento más feliz que nunca... Tal vez sea un augurio. Nosotras prevemos siempre que nos amarán, y nunca que amaremos; así, que a los primeros síntomas de esa desconocida enfermedad, no nos damos cuenta de lo que pasa.

Margarita, Ana y a poco el Conde de Giray.

ANA.—El señor Conde

MAR.—¡Buenas noches, Conde!

CON.—¡Buenas noches, amiga mía! ¿Cómo se encuentra usted?

MAR.—Perfectamente.

CON.—(Sentándose a la chimenea.) ¡Hace un frío de todos los diablos! Me ha escrito usted que venga a las diez y media. Ya ve usted si soy exacto.

MAR.—Muchas gracias. Tenemos que hablar, querido Conde.

CON.—¿Ha cenado usted?

MAR.—¿Por qué?

CON.—Porque podíamos ir a cenar y hablar de sobremesa.

MAR.—¿Tiene usted apetito?

CON.—He comido muy mal en el Club.

MAR.—¿Qué se hacía por allí?

Con.—Jugaban cuando yo he salido.
Mar.—¿Perdía Saint-Gaudens?
Con.—Perdía veinticinco luises y se quejaba como si perdiera mil.
Mar.—La otra noche cenó aquí con Olimpia.
Con.—¿Y quién más?
Mar.—Gastón Rieux. ¿Le conoce usted?
Con.—Sí.
Mar.—Y Armando Duval.
Con.—¿Quién es ese señor?
Mar.—Un amigo de Gastón. También estuvo Prudencia... Nos divertim mucho.
Con.—¿Sí? Si lo hubiera sabido... A propósito, ¿salía alguien de aquí cuan yo llegaba?
Mar.—No, nadie.
Con.—Lo digo porque cuando me bajé del coche se acercó a mí un individ como para reconocerme, y después de mirarme se marchó.
Mar.—(¿Será Armando?) (Llama.)
Con.—¿Desea usted algo?
Mar.—Sí, necesito dar un recado a Ana. (Baja a la calle, mira si está el señ Duval y vuelve a decírmelo.)
Con.—Un notición. Gagonki se casa.
Mar.—¿Nuestro príncipe polonés?
Con.—El mismo.
Mar.—¿Y con quién?
Con.—Adivínelo usted.
Mar.—¿Cómo puedo adivinarlo?
Con.—Con la Adelita.
Mar.—¡Qué mal hace!
Con.—¿Quién?
Mar.—Ella. Cuando un hombre de mundo se casa con una de nosotras, no él el que hace una tontería, ella es la que hace un mal negocio. Ese polaco es arruinado, goza de detestable reputación, y si se casa con Adela, es por goz de la rentas que entre unos y otros le han hecho ustedes.
Ana.—(Entrando y bajo a Margarita.) No señora, no hay nadie.
Mar.—¡Ea! hablemos de cosas serias.
Con.—Preferiría hablar de cosas alegres.
Mar.—Ya veremos si toma usted con alegría lo que tengo que decirle.
Con.—Escucho.
Mar.—¿Está usted en voz? Es decir, ¿en dinero?
Con.—Estoy completamente afónico.
Mar.—Entonces tendrá usted que pedirlo.
Con.—¿Cómo?
Mar.—Necesito quince mil francos.
Mon.—¡Caramba! Bonita cantidad. ¿Y por qué quince mil justos?
Car.—Porque los debo.
Con.—¿Paga usted a sus acreedores?
Mar.—Así lo exijen.
Con.—¿Es absolutamente preciso?
Mar.—Sí.
Con.—¡Qué remedio! pediré prestado.

Dichos y Ana.

Ana.—Señora, acaban de traer esta carta para que se la entregue a usted i mediatamente.
Mar.—¿Quién me escribe a estas horas? (Abre la carta y lee.) ¡Armando! ¿Q significa esto?... «No quiero estar en ridículo ante la mujer que amo. Cuando s lía he visto entrar al conde de Giray. No tengo la edad ni el carácter de Sai Gaudens; perdóneme usted el sólo defecto que tengo, no ser millonario, y ol

lemos los dos que nos hemos conocido y que hemos creído un instante amarnos. Cuando reciba usted esta carta, habré salido de París.—Armando.»

Ana.—¿Tiene respuesta?

Mar.—No; dí que está bien.

Margarita y el Conde.

Mar.—¡Adiós mis ilusiones! ¡En fin!...

Con.—¿Qué carta es esa?

Mar.—Una carta que le hace a usted ganar quince mil francos.

Con.—La primera que me hace ganar tanto.

Mar.—Ya no tengo precisión de lo que acababa de pedirle.

Con.—¿Le devuelvan los acreedores sus facturas pagadas?

Mar.—No... Estaba enamorada.

Con.—¿Usted?

Mar.—Yo misma.

Con.—¿Y de quién?

Mar.—De un hombre que no me quería, como con frecuencia acontece. De un hombre sin fortuna, como ocurre siempre.

Con.—¡Ah! Vamos, sí. ¿Y con esos amores cree usted hacerse perdonar los otros?

Car.—Mire usted lo que me escribe. (Dándole la carta.)

Mon.—«Mi querida Margarita. .» ¡Ah, es el señor Duval! Es muy celoso ese señor. Ahora comprendo la utilidad del dinero. Era muy ingenioso el plan de usted. (Devolviéndole la carta.)

Mar.—(Llamando y dejando la carta sobre la mesa.) ¿Me convida usted a cenar?

Con.—¡Con mucho gusto! De fijo que no comerá usted por valor de quince mil francos.

Mar.—Pues vamos; tengo necesidad de tomar el aire. Dame un abrigo.

Ana.—¿Cuál?

Mar.—Cualquiera; un abrigo ligero. Es preciso tomarnos como somos, amigo mío.

Con.—¡Oh! Ya estoy acostumbrado.

Ana.—(Trayendo el abrigo.) La señora va a tomar frío.

Mar.—¡Bah!

Ana.—¿Espero a la señora?

Mar.—No; acuéstate, puede que vuelva tarde. ¿Vamos, Conde?

Ana, sola.

Ana.—Algo pasa, la señora está emocionada. Debe ser la carta de antes... Aquí está. (La lee.) ¡Diablo! El señorito Armando no se para en barras. Subió al poder hace dos días y dimite hoy. Ha durado lo que duran las rosas... y los hombres de Estado.

Dicha y Prudencia.

Pru.—¿Salió Margarita?

Ana.—Hace un momento.

Pru.—¿Dónde ha ido?

Ana.—A cenar.

Pru.—¿Con el conde?

Ana.—Sí.

Pru.—¿Ha recibido una carta?

Ana. Sí. Del señorito Armando.

Pru.—¿Y qué ha dicho?

Ana.—Nada.

Pru.—¿Volverá pronto?

Ana.—Creo que será tarde. Yo la creía a usted acostada.

Pru.—Lo estaba hace ya rato y hasta dormía cuando llamaron a mi puerta; salí a abrir .. (Llaman.)

Ana. Adelante.

Cri.—La señora pide un abrigo de piel; tiene frío.

a desde el .oı.
lo sobre tu amor

Pru.—¿Está abajo?
Cri.—Sí, señora; en el coche.
Pru.—Dígala usted de mi parte que suba, que necesito hablarla.
Cri.—Es que la señora no está sola.
Pru.—No importa, vaya usted. (Vase el Criado).
Arm.—(Desde dentro, llamando). ¡Prudencia!
Pru.—(Abriendo la ventana). Ya se impacienta. Los enamorados todos iguales.
Arm.—¿Qué hay?
Pru.—Espere usted un poco. Pronto le llamaré.

Dichos y Margarita.

Mar.—¿Qué me quiere usted?
Pru.—Armando está en mi casa.
Mar—¡Qué me importa!
Pru.—Quiere hablar con usted.
Mar.—Y yo no quiero recibirle; además, no puedo, me espera el conde. gaselo usted.
Pru.—Me guardaría mucho de darle recado semejante. Desafiaría al cor
Mar.—¡Cómo.; ¿qué quiere decir eso?
Pru.—¿Lo sé yo acaso? ¿Lo sabe él mismo?
Ana.—(Trayendo el abrigo.) ¿La señora desea el abrigo?
Mar.—Todavía no.
Pru.—¿Qué decide usted?
Mar.—¡Ese hombre me hará desgraciada!
Pru.—Entonces no le reciba usted, querida. Más vale que las cosas no si adelante.
Mar.—¿Es esa su opinión?
Pru.—Sin duda ninguna.
Mar.—(Después de una pausa). ¿Qué le ha dicho a usted?
Pru.—Vamos, usted quiere que vuelva. Voy a buscarle. ¿Pero, y el conde
Mar.—¡Esperará!
Pru.—¿No sería mejor que le despidiera usted?
Mar.—Sí. Ana, baja a decir al señor conde que me dispense, pero que encuentro mal y no me decido a salir.
Ana.—Está bien, señora.
Pru.—(Llamando por la ventana). ¡Armando, venga usted! No tendremos repetírselo.
Mar.—Hágame usted el favor de quedarse mientras él esté.
Pru.—No por cierto. Como ha de llegar un momento en que me manden tedes marchar, prefiero irme en seguida.
Ana.—(Entrando). El señor conde ya se fué, señora.
Mar.—¿No ha dicho nada?
Ana.—No. (Vase Ana).

Dichas y Armando.

Arm. ¡Margarita, al fin!
Pru. ¡Ea, adiós!

Margarita y Armando.

Arm.—(Arrodillándose ante Margarita.) ¡Margarita!
Mar.—¿Qué quiere usted?
Arm.—¡Que me perdones!
Mar.—No lo merece usted. Se puede ser celoso y escribir una carta con en do, con ira; pero no una carta fría e irónica como la que usted me ha escri ¡Me ha hecho usted mucho daño!
Arm.—¿No he sufrido yo también?
Mar.—Si ha sufrido usted, ha sido a pesar mío.
Arm.—Cuando he visto llegar al Conde, cuando he creído que me habías de pedido por él, me he vuelto loco y te he escrito. Pero cuando en vez de contest
¿perdóneme u.

mi carta, como yo esperaba, le has dicho a Ana solamente «está bien», no sa- a lo que me pasaba, no quería pensar lo que sería de mí sin volverte a ver. No vides, Margarita, que si sólo te trato hace cuatro días, hace dos años que te doro.

Mar.—Pues bien, amigo mío; creo que ha tomado usted una discreta determi- ación.

Arm.—¿Cuál?

Mar.—La de marcharse. ¿No me lo ha escrito usted así?

Arm.—¿Podría hacerlo?

Mar.—Sin embargo, es preciso.

Arm.—¿Preciso?

Mar.—Sí, no sólo por usted, sino por mí también. Mi posición me obliga a no erle a usted más, y todo me aconseja que deje de amarle.

Arm.—¿Luego no me amas, Margarita?

Mar.—Le amaba a usted.

Arm.—¿Y ahora?

Mar.—Ahora he reflexionado y me he convencido que lo que había soñado es nposible.

Arm.—Si me hubieras amado, no hubieras recibido al Conde esta noche.

Mar.—¡Lo ve usted! Es preferible que no sigamos adelante.

Arm.—No hablabas así hace un momento, cuando me ofrecías pasar conmigo lgunos meses lejos de París, lejos del mundo.

Mar.—Es verdad. Yo había pensado: «Estoy enferma, un poco de reposo me onvendría; parece que Armando se interesapor mi salud; si yo pudiera vivir con l algunos meses en el campo, en el fondo de algún bosque, siempre habría gana- o esos días de falicidad». Al cabo de cuatro o cinco meses, hubiéramos vuelto a París, nos hubiéramos dado un apretón demanos, tratando de crearnos una buena mistad con los restos de nuestro amor, lo que aun es mucho; pero no lo has uerido; tu corazón es un gran señor que nada quiere aceptar... Terminemos, ues. Has venido aquí cuatro días, has cenado conmigo; envíame un alhaja con u tarjeta y estaremos pagados.

Arm.—Margarita, ¿estás loca? ¡Te amo! ¿lo oyes? ¡te amo! ¡Eres mi esperan- za, mi ilusión, mi vida! ¿Qué más puedo decirte?

Mar.—Tenías razón; es mejor que no nos volvamos a ver.

Arm.—Naturalmente, porque tú no me quieres.

Mar.—Porque... no sabes lo que dices.

Arm.—¿Por qué entonces?

Mar.—¿Por qué? ¿Quieres saberlo? Porque hay momentos en que este sueño apenas comenzado, le llevo hasta sus últimas consecuencias. Porque en medio de nuestra vida tumultuosa, mientras nuestra cabeza, nuestro orgullo, nuestros sen- tidos hallan satisfacciones sin fin, nuestro pobre corazón, henchido de sentimien- tos que tiene que ocultar, no encuentra dónde desahogarse, y rendido, estalla. Aparentamos felicidad que el mundo envidia, y efectivamente, tenemos amantes que se arruinan, no por nosotras como a voces afirman, sino por satisfacer su necia presunción. Somos las primeras ante su amor propio y las últimas para su aprecio. Estamos rodeadas de amigos y amigas como Prudencia, cuya amistad llega hasta el servilismo, nunca hasta el desinterés o el sacrificio. Poco les importa lo que hacemos, con tal que las vean en nuestros palcos y que se arrellenen en nuestros coches. ¡Ruina, vergüenza y falsedad por todas partes! Soñaba, sin atreverme a decírselo a nadie, con encontrar un hombre bastante superior para no pedirme cuentas de mi conducta, satisfecho sólo con ser el amante de mis fantasías. Creía haberle hallado en el Duque; pero la vejez ni proteje ni con- suela, y mi alma tiene más altas aspiraciones, mayores ideales. Entonces te hallé a ti, ardiente, dichoso; las lágrimas que por mí has vertido; el interés que por mi salud tomaste; tus misteriosas visitas durante mi enfermedad; tu franqueza, tu en- tusiasmo, todo me hacía ver en ti aquel a quien yo llamaba desde el fondo de mi negro rincón. En un instante, como una loca, he construido sobre tu amor el edi-

ficio de mi ventura. ¡Campo, pasión, pureza y soledad, todo lo soñaba! Hasta he recordado mi inocente niñez; todos somos puros en la niñez, seamos después lo que seamos. Pero era soñar una ilusión: una palabra tuya me lo ha probado. ¡Separémonos, pues; ya estoy despierta!...

ARM.—¿Y crees que he de abandonarte? Cuando la felicidad nos busca, ¿la huiremos nosotros? ¡No, Margarita, no: tu sueño se realizará, yo te lo juro!

MAR.—No me engañes, Armando; piensa que una emoción violenta puede matarme, piensa bien en quién soy y en lo que soy.

ARM.—¡Eres un ángel y te adoro!

ANA.—(Entrando.) ¡Señora!

MAR.—¿Qué?

ANA.—Traen esta carta.

MAR.—¿De quién?

ANA.—Del señor Conde.

MAR.—¿Aguardan contestación?

ANA.—Sí. señora.

MAR.—(Abrazando a Armando.) Da esta. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón de casa de campo. Chimenea en el fondo. Puertas laterales. Vistas a jardines. Es de noche.

Ana, con un servicio de te; Prudencia, y después Armando.

PRU.—(Entrando.) ¿Dónde está Margarita?

ANA.—La señora está en el jardín con la señorita Sofía y el señorito Gustavo, que acaban de almorzar con ella y pasan aquí el día.

PRU.—Voy a buscarlos.

ARM.—(Entrando cuando Ana sale.) Quisiera hablarla a usted. Hace quince días, ¿se fué usted de aquí en el coche de Margarita?

PRU.—Es verdad.

ARM.—Desde entonces no hemos vuelto a ver ni el coche ni los caballos. Hace ocho días, al retirarse, quejóse usted de frío, y Margarita la prestó un magnífico chal de cachemir que usted no ha devuelto. En fin, ayer le ha entregado brazaletes y diamantes para hacerlos montar de nuevo, según ella. ¿Dónde están los caballos, el coche, el chal y los diamantes?

PRU.—¿Quiere usted que se lo diga con franqueza?

ARM.—Se lo suplico.

PRU.—Los caballos, devueltos al vendedor que los toma a mitad de precio.

ARM.—¿El chal?

PRU.—Vendido.

ARM.—¿Los diamantes?

PRU.—Empeñados esta mañana. Aquí traigo las papeletas.

ARM.—¿Por qué no me dijo usted nada?

PRU.—No quería Margarita.

ARM.—¿Y por qué esas ventas y esos empeños?

PRU.—Para pagar. ¡Ay, amigo mío! ¿Cree usted que basta amarse e irse a vivir lejos de París a hacer una vida pastoril y espiriritual? ¡Nada de eso! El Duque, a quien acabo de ver, no quiere dar un céntimo más a Margarita si no le abandona a usted. y ella no está dispuesta a complacerle.

ARM.—¡Pobre Margarita!

Pru.—¡Ah, sí, pobre Margarita! ¡Quién sabe cómo terminará esto! Sin contar que para pagar lo que aun debe, tiene que desprenderse de cuanto posee.

Arm.—¿Cuánto será necesario?

Pru.—Lo menos treinta mil francos.

Arm.—Pida usted quince días de prórroga a los acreedores. Dentro de ese po estarán pagados.

Pru.—¿Va usted a exigir?...

Arm.—Sí.

Pru.—¡Muy bonito! Reñir con su señor padre, comprometer su fortuna...

Arm.—En previsión de lo que está pasando, escribí a mi notario manifestándoi deseo de hacer una cesión de los bienes que me legó mi madre. La escritura pronto y hoy debo ir a París para firmala. Mientas tanto impida usted que garita...

Pru.—¿Pero los papeles que traigo?...

Arm.—Cuando yo me marche se los entrega usted como si yo nada supiera; es ciso que ignore esta conversación. Aquí viene. ¡Silencio!

Dichos, Margarita, Sofía y Gustavo.

Margarita, al entrar, hace señas a Prudencia para que esta no diga nada.)

Arm.—Hija mía, tienes que regañar a Prudencia.

Mar.—¿Por qué?

Arm.—La supliqué ayer que pasara por mi casa y me trajera las cartas que hubiera, y lo ha olvidado; por lo cual, es fuerza que me separe de tí por una os horas. Hace un mes que no he escrito a mi padre.

Mar.—Bastantes veces te lo he recordado.

Arm.—Es verdad. ¡Adiós!

Mar.—Ven pronto. Aquí nos encontrarás charlando.

Arm.—Dentro de una hora. (Vase Armando. Margarita le acompaña hasta la puerta.)

Mar.—¿Se arregló todo?

Pru.—Sí.

Mar.—¿Los papeles?

Pru.—Aqui están. El agente de negocios vendrá en seguida para entenderse usted. Yo voy a almorzar, porque me estoy cayendo.

Mar.—Venga usted. Ana la servirá cuanto desee.

Dichos, menos Armando y Prudencia.

Mar.—Ya veis cómo vivimos hace tres meses.

Sof.—¿Eres feliz?

Mar.—¡Mucho!

Sof.—La felicidad verdadera reside en la calma y en las afecciones cariño... Cuántas veces hemos dicho Gustavo y yo: «¿Cuando se enamorará Marga- de veras y llevará una vida más reposada?»

Mar.—Pues bien, se han cumplido vuestros deseos. Amo y soy feliz. Vuestra icidad me ha servido de estimulo y de ejemplo.

Gus.—La verdad es, que somos muy dichosos, ¿no es cierto, Sofía?

Sof.—¡Ya lo creo! Y no nos cuesta caro. Como eres una gran señora y no vie- a vernos nunca, no puedes figurarte cómo vivimos. Tú, que crees vivir ahora destamente, ¿qué dirías si vieras nuestros dos cuartitos de un quinto piso de la le Blanche, cuyas ventanas dan a un jardín, en el que jamás se pasean los due- s? ¿Es posible tener un jardín y no pasearse en él?

Gus.—Parecemos una novela alemana, un idilio de Goethe con música de Schu- rt.

Sof.—Sí, búrlate porque estás delante de gente. Cuando estamos solos no te rlas. ¿No sabes que queria que nos mudáramos? Al señor le parecía humilde estra vivienda.

Gus.—Tenemos que subir tanta escalera...

Sof.—No salgas, y así no sabrás en qué piso vives.

Mar.—¡Sois encantadores!

Sof.—Por la sola razón de que tiene seis mil francos de renta, no quiere q yo trabaje. Uno de estos días pretenderá comprarme coche.

Gus.—¡Quién sabe!

Sof.—Ya habrá tiempo para todo. Por ahora lo importante es que tu tío mire de otro modo y te haga su heredero y a mí su sobrina.

Gus.—Ya empieza a dulcificarse.

Mar.—Porque no te conoce. Si te conociera, te adoraría.

Sof.—No ha querido verme nunca. Pertenece aún a las razas de los que cre que las modistas han nacido para arruinar a los sobrinos, y quiere que el suyo case con una gran señora. ¿No soy yo también una señora?

Gus.—Ya se amansará. Desde que soy abogado se ha vuelto más tratable.

Sof.—¡Ah, sí! No me acordaba de decírtelo.

Mar.—Le encargaré el primer pleito que tenga.

Sof.—¡Y ya ha debutado!

Gus.—¡Y me lucí! A mi defendido le condenaron a diez años de trabajos fo zados.

Sof.—Felizmente.

Mar.—¿Cómo felizmente?

Sof.—Es que su defendido, era un pillo de marca mayor. ¡Qué profesión! N es uno gran abogado hasta que puede decir: «Tenía entre mis manos un indiv duo que había matado a su padre, a su madre y a sus hijos, y a fuerza de talen y elocuencia, he conseguido verle absuelto y devolver a la sociedad tan preci so adorno.»

Mar.—¿De manera que pronto me convidaréis a vuestra boda?

Gus.—Si es que me caso.

Sof.—¿Cómo si se casa usted? Y se casará usted conmigo. No has de enco trar mejor mujer, ni que más te quiera.

Mar.—¿Y cuándo?

Sof.—En seguida.

Mar.—¡Qué feliz eres!

Sof.—¿No acabarás tú también por casarte?

Mar.—¿Con quién?

Sof.—Con Armando.

Mar.—¿Con Armando?... ¡No! Me contento con ser dueña de su corazón. Ha cosas que una mujer como yo no puede borrar de su vida y no debe dar derech a su marido para que se las eche nunca en rostro. Si yo quisiera, mañana mism me casaría, pero no he de exigir a Armando tal sacrificio. ¿No es verdad, Gu tavo?

Gus.—¡Qué buena es usted!

Mar.—No es que soy buena, es que pienso como un hombre honrado. Sc feliz como jamás pensé serlo, doy gracias a Dios y no quiero tentar a la Prov dencia.

Sof.—Gustavo no sabe lo que se dice. Estoy segura de que se casaría cont go, si estuviera en lugar de Armando.

Gus.—Pudiera ser.

Mar.—¿Quién había de decirme que yo, Margarita Gautier, viviría ente para el amor de un hombre y pasaría mis días al lado suyo, trabajando, leyend y escuchándole?

Sof.—¡Como yo!

Mar.—A vosotros, que me creéis porque me escucháis con el corazón, pued hablaros francamente. Hay momentos en que olvido lo que fuí, y mi antiguo y se separa de tal modo del de hoy, que resultan dos mujeres distintas, sin que l segunda, ni en sueños, se asemeje a la primera. Cuando vestida de blanco, c bierta mi cabeza con un sombrero de paja; al brazo el abrigo, que me sirve par preservarme del frío de la noche, subo apoyada en Armando al bote que deja mos deslizar sin dirección, y que se detiene solo bajo los sauces de la inmediat isla, nadie, ni yo misma, diría que aquella sombra blanca es la de Margarita Ga

er. He gastado sólo en ramos, más dinero que el que sería necesario para hacer la felicidad de una familia; y hoy, una flor silvestre como esta que Armando a colocado aquí esta mañana, basta para perfumarme todo un día. Sí, soy muy eliz, Sofía, y espero serlo más si es posible. Sin que Armando lo sepa, voy a ealizar cuanto encerraba mi casa de París, donde no pienso volver. Pagaré mis eudas, alquilaré un cuarto cerca del vuestro, y en él viviremos ni envidiosos i envidiados. En verano, volveremos al campo; una casita muy blanca y muy moesta, ¡y desde allí al cielo!

ANA.—Señora, un caballero pregunta por usted.

MAR.—El agente de negocios; esperadme en el jardín, en seguida concluyo. ue entre ese señor.

Margarita y Duval.

DUV.—¿La señorita Margarita Gautier?...

MAR.—Yo soy. ¿A quién tengo el honor de hablar?

DUV.—A Jorge Duval.

MAR.—¡A Jorge Duval!

DUV.—Si, señorita; el padre de Armando.

MAR.—¡El padre!... Armando ha salido.

DUV.—Ya lo sé... Es con usted con quien tengo que hablar. Hágame usted el avor de escucharme. Mi hijo, señorita, se compromete, se envilece y se arruina or usted.

MAR.—Se equivoca usted. Nadie se ocupa ya de mí, ni he aceptado nada de rmando.

DUV.—Lo cual quiere decir, dado este lujo y no siendo usted poderosa, que i hijo es tan miserable que gasta con usted lo que usted recibe de otros.

MAR.—Perdone usted, caballero; soy mujer y estoy en mi casa, y...

DUV.—¿Y...?

MAR.—Y le suplico me permita retirarme, más por usted que por mí misma.

DUV.—Verdaderamente, cuando se ven tales modales y tal apariencia de dignidad, tarda uno de convencerse de que todo ello es falso y postizo. Bien me habían dicho que era usted una mujer muy peligrosa.

MAR.—Es cierto, peligrosa para mí, no para los demás.

DUV.—Para los demás, puesto que mi hijo trata de arruinarse por usted.

MAR.—Le repito a usted, con todo el respeto que el padre de Armando se merece que está usted en un error.

DUV.—Entonces, ¿qué significa esta carta de mi notario avisándome que Armando quiere ceder a usted su fortuna?

MAR.—Significa que Armando tiene un corazón tan grande como generoso, y que intentaba tal cesión sin mi conocimiento, porque no ignoraba que yo nunca la hubiera aceptado.

DUV.—No siempre se mostró usted tan desprendida.

MAR.—Porque no siempre amé; porque no amé nunca.

DUV.—¿Y ahora?

MAR.—Ahora amo con todo mi corazón, con cuanto bueno y puro puede encontrar en el fondo de su alma una mujer de quien Dios se compadece enviándola el arrepentimiento.

DUV.—¡Frases de relumbrón!

MAR.—Que de aquí salen... Escúcheme usted. No ignoro que los juramentos de mujeres como yo jamás son creídos; pero por lo que más aprecio en el mundo, por el amor de Armando, le juro a usted que nada sabía de esa donación.

DUV.—Sin embargo, este lujo...

MAR.—Me obliga usted a decir lo que quería ocultar; pero como deseo ante todo su estimación, voy a serle franca Desde que conozco a su hijo de usted, para que su amor no se parezca en nada a cuanto ha tomado su nombre alrededor mío, he comenzado a desprenderme de todo aquello que era mi encanto ayer y hoy me avergüenza, y cuando hace un instante me han anunciado que un caballero me esperaba, creí sería la persona encargada de vender mis muebles, mis ves-

tidos, mis coches y mis joyas. Si duda usted aún, aquí tiene la escritura de ve
lea usted y se convencerá. (Le entrega los papeles.)

Duv.—¡Una venta de los muebles de esta casa!... ¿Me habré engañado?...

Mar.—Sí, señor, se ha engañado usted; o mejor dicho, le han engañado respecto a mi historia, que si pudiera borraría con mi sangre, sino respecto a corazón, que es bueno, y usted mismo se convencerá cuando me conozca.

Duv.—Dispénseme usted, señora, que la haya tratado con tal dureza; per no esperaba encontrar en usted una mujer de sus condiciones. Venía irritado la ingratitud y el silencio de mi hijo, de lo que la creía a usted causa, y si u fuera madre, comprendería...

Mar.—¡Oh, sí!

Duv.—En nombre de esos sentimientos, voy a pedirla a usted la mayor p ba de amor que puede dar a Armando.

Mar.—¡Por piedad, no prosiga usted! ¡Presiento que va usted a pedirme muy espantoso! ¡Debía esperar a usted: era demasiado feliz!

Duv.—Cálmese usted: hablemos como dos buenos amigos que sienten, que de diverso modo, idéntica afección por una misma persona, y a la que de ambos probar su cariño.

Mar.—Diga usted.

Duv.—Usted, a pesar de su vida, posee aún alma grande y generosa, y a derá a mis ruegos. La hablo como padre, como un padre que viene a pedir felicidad de sus dos hijos.

Mar.—¿De sus dos hijos?

Duv.—Sí, Margarita; de sus dos hijos. Tengo una hija, joven, bella, como un ángel; que ama con locura a un hombre, y que cifra en ese amor la cidad de toda su vida. Voy a casarla y así se lo había escrito a Armando, q seguro no habrá recibido mi carta. Mi Blanca, al casarse, entra a formar p de una honrada familia que exige la propia honradez en la familia con quie va a enlazar. La socieded tiene sus exigencias, y sobre todo la sociedad de vincia. Por purificada que esté usted a los ojos de Armando y a los míos, está usted a los del mundo, que siempre verá en usted su pasado y que la ce rá sus puertas despiadadamente. Los padres del que va a ser mi hijo, han a guado las relaciones de usted con Armando, y declaran roto el matrimanio si mando no cambia de vida. ¡El porvenir de una joven que ningún mal ha hec usted, está en sus manos, Margarita; no quiera usted destruirle desoyend voz!

Mar.—¡Qué bueno es usted al dignarse hablarme así, y qué alegría ex mento al acceder gustosísima a lo que me pide! ¡Sé lo que usted desea! Me i París; me alejaré de Armando por algún tiempo; sufriré mucho, sí, ¿pero, importa? Usted y su Blanca me lo agradecerán. Además, la dicha de volvern ver más tarde, borrará el dolor de la separación. Usted permitirá que Arm me escriba alguna vez, y cuando su hermana se case...

Duv.—Gracias, Margarita, gracias; pero es otra cosa la que quiero ped

Mar.—¿Otra cosa?... ¿Qué más puede usted exigir de mí?

Duv.—Una separación momentánea no basta.

Mar.—¿Qué? ¿Que me separe de Armando para siempre? ¿Es eso lo qu pide usted?

Duv.—¡Es preciso!

Mar.—¡Nunca! ¡Pero usted ignora cuánto nos amamos! ¡Usted no sabe como hija del azar, no me liga afección ninguna al mundo y que Armando l todo para mi! !Usted no sabe que estoy atacada de un padecimiento mortal y moriré en breve, más pronto aún de lo que espero!

Duv.—Vamos, calma, y no exajere usted. Usted es joven y bella, y toma enfermedad la fatiga de una vida desordenada. La pido a usted un grande s ficio...

Mar.—¡Muy grande!

Duv.—Tanto como mi gratitud; pero es necesario. Además, sólo hace tres

que usted conoce y ama a Armando. ¿Está usted segura de la firmeza de ese or? ¿No se ha engañado ya alguna vez? ¿Y si algún día, ya demasiado tarde, nprendiera usted que no amaba a mi hijo y que empezaba a querer a otro? Perieme, Margarita; pero su pasado...

Mar.—Nunca he amado ni amaré como ahora.

Duv.—Lo concedo, mas si usted no se engaña, él puede equivocarse. ¿Acaso cambia el corazón continuamente de afecciones? El mismo corazón que niño, a a sus padres sobre todo, hombre, ama a su esposa más que a sus padres, y dre, ama más a sus hijos que a aquellos seres. La naturaleza es exigente pore es pródiga. Quizá los dos se equivoquen ustedes; y descendiendo a la realid... ¿Me escucha usted, hija mia?

Mar.—Sí, le escucho a usted. ¡Dios mío!

Duv.—El desenlace es fácil de prever. Armando gozará de los mejores años su vida de usted, y cuando el hastío venga, que vendrá, será uno de tantos mbres que abandonan a sus amantes, echándolas al rostro su pasado; o se cará, o por lo menos vivirá con usted, y esa unión o ese matrimonio que no tená la castidad por base, la religión por apoyo y la familia por resultado, y que dría ser disculpable en un joven sin experiencia, es imperdonable en un home de cierta edad. ¿Qué ambición le será permitida? ¿Qué porvenir le aguarda? ¿Qué consuelo tendré yo en mi hijo después de haberle consagrado treinta años amor y sacrificios? Estas relaciones no son el fruto de dos puros afectos, son pasión en lo que más tiene de terrestre y humano, nacida del capricho de uno de la fantasía del otro. ¿Qué quedará al llegar a la vejez?

Mar.—¡Oh, la realidad! ¡La vejez!

Duv.—¡La vejez, sí! ¿No teme usted verse en ella doblemente aislada? ¿Qué cuerdo dejará usted tras sí, qué bien habrá usted hecho? Ya que ha sido usted liz tres meses, guarde esa felicidad en el fondo de su alma. Algún día estará ted orgullosa de lo que hoy hace, y conservará la propia estimación. La habla usted un padre que conoce el mundo, se lo suplica un padre. ¡Vamos, Margari-, pruebe usted que quiere a mi hijo, y valor!

Mar.—Así, pues, haga lo que haga, la mujer caída no se redimirá jamás. Dios l vez la perdone, pero el mundo será inflexible. ¿Con qué derecho pedirás un gar en el seno de las familias? ¿Qué hombre querrá llamarte esposa? ¿Qué hijo amarte madre?... Tiene usted razón en cuanto dice, y lo he pensado con terror finitas veces; pero como yo misma me lo decía, nunca me convencía de la verad. Me habla usted en nombre de su hijo, es usted sobradamente generoso y es ierza obedecer. Diga usted a esa interesante criatura, pues por ella voy a sarificar mi felicidad, que una mujer que no tenía más que una esperanza, un penmiento, un sueño en este mundo, a la sola invocación de su nombre, ha renunado a todo, ha despedazado su corazón entre sus manos y después ha muerto. orque me moriré y quizás entonces me perdone Dios.

Duv.—¡Pobre joven!

Mar.—¿Me compadece usted? ¡Oh! gracias por esas lágrimas, que me harán an fuerte como usted desea. ¿Qué es necesario hacer? Mande usted, estoy dispuesta a obedecerle.

Duv.—Es preciso decir a Armando que ya no le ama usted.

Mar.—No me creería.

Duv.—Es fuerza partir.

Mar.—Me seguirá.

Duv.—Entonces...

Mar.—¿Cree usted que amo a Armando, y que le amo desinteresadamente?

Duv.—Sí, Margarita.

Mar.—¿Que he encerrado en este amor la felicidad de mi vida y el perdón de mis culpas?

Duv.—Lo creo.

Mar.—Pues bien; béseme usted como besa a su hija, y ese beso, el único realmente puro que habré recibido en mi vida, me hará triunfar de mi amor, y antes

de ocho días tendrá usted a Armando en su casa, infeliz por algún tiempo, completamente curado de su pasión. Le juro a usted que ignorará siempre entrevista.

Duv.—(Besando a Margarita.) Temo que sus nobles propósitos...

Mar.—¡Oh, no tema usted nada; me odiará! (Llama y sale Ana.) Dile a la s ra Duvernoy que venga. La última súplica.

Duv.—Hable usted, señora, hable usted.

Mar.—Dentro de algunas horas Armando va a sufrir unos de los más gra dolores que ha sufrido en la vida; procure usted no abandonarle. Ahora, ret usted, va a llegar de un momento a otro y si le viera a usted todo se habría dido.

Duv.—¿Qué puedo hacer en pago de su hermosa acción?

Mar.—Cuando yo muera y Armando maldiga mi memoria, decirle que le ba y que lo he probado a costa de mi vida. Oigo ruído; adiós, señor Duva nos volveremos a ver; sea usted muy dichoso... (Vase Duval.)

Margarita y Prudencia.

Mar.—¡Señor, dadme fuerzas! (Se sienta y escribe.)

Pru.—¿Me llamaba usted?

Mar.—Sí, tengo un encargo que hacerla.

Pru.—¿Qué?

Mar.—Una carta.

Pru.—¿Para quién?

Mar.—Mire usted. (Prudencia hace un gesto de admiración al leer el sobre.) ¡S cio! Vaya usted en seguida.

Margarita y a poco Armando.

Mar.—(Sigue escribiendo.) Ahora, otra para Armando. ¿Qué voy a decirle? no le amo? ¿Que me olvide?... ¡Oh!...

Arm.—(Entra y se acerca a Margarita.) ¿Qué haces, Margarita?

Mar.— (Levantándose y arrugando la carta.) ¡Armando!... nada...

Arm.—¿Escribías?

Mar.—No... sí...

Arm.—¿Por qué esa turbacion? ¿A quién escribías? Dame esa carta.

Mar.—Era para tí, Armando; pero te ruego que no me la pidas.

Arm.—Creía que habíamos acabado ya con los misterios.

Mar.—Y yo creía que habían acabado también tus sospechas.

Arm.—Dispénsame, pero estoy tan nervioso...

Mar.—¿Por qué?

Arm.—Ha llegado mi padre.

Mar.— ¿Le has visto?

Arm.—No, pero me ha dejado una carta muy severa. Lo sabe todo y va nir esta noche. Tendremos una larga explicacion, porque Dios sabe lo que l brán contado; te verá, y viéndote, tendrá que quererte, y si aun así me nieg protección, no te importe, trabajaré.

Mar.—(¡Cómo me ama!) Sin embargo, no olvides que es tu padre, y pu que va a venir yo debo alejarme para que no me vea en los primeros mome luego me echaré a sus pies, y tanto le suplicaré, que no tendrá valor de s rarnos.

Arm.—¡No es natural tu acento! ¡Algo pasa! ¡No es la noticia que te d que te turba! ¡Apenas puedes sostenerte! ¡Alguna desgracia ocurre!... Esa ta... (Extiende la mano para cogerla y Margarita le detiene.)

Mar.—Esa carta encierra un secreto que no puedo decirte; ya sabes que cosas que no pueden decirse de palabra. Es una prueba de amor que te doy mando mío, te lo juro. No me preguntes más.

Arm.—Lo sé todo. Prudencia me lo ha dicho esta mañana, por eso he París. Sé el sacrificio que querías hacer. Mientras tú te ocupabas de nuestr licidad, yo te imitaba. ¿Cómo pagarte, Margarita mía?

MAR.—Pues entonces, ya que lo sabes, déjame marchar.
ARM.—¿Marchar?
MAR.—Puede venir tu padre. Estaré en el jardín a dos pasos con Sofía y Gus-o, y en cuanto me llames, vuelvo. ¿Cómo podría separarme de tí? Procura vencer a tu padre y nuestros planes se realizarán. Viviremos siempre juntos, amaremos siempre y seremos tan dichosos, tanto... como lo somos hace tres es. Porque eres dichoso, ¿no es verdad? ¿Tienes algo que reprocharme? Dí-o, te lo suplico, y si te he causado algún pesar, perdóname, porque te amo que a nada en el mundo. Como tú a mí, ya lo sé, y nunca serás capaz de preciarme, de maldecirme...
ARM.—¿Pero a qué vienen esas lágrimas?
MAR.—Estaban rebosando, me ahogaban, y... pero ya estoy tranquila. Me con Sofía y Gustavo. Allí estoy siempre tuya, siempre a tu lado, amándote mpre... ¡siempre! (Vase.)

Armando; después Ana.

ARM.—¡Pobre Margarita! ¡Cómo tiembla ante la idea de una separacion! mo me quiere!... (Llama y sale Ana.) Ana, si viene un caballero preguntando mí, hágale usted entrar en seguida.
ANA.—Está bien, señor. (Vase.)
ARM.—No tengo porqué alarmarme. Mi padre me comprenderá. El pasado ha rto; Margarita no es como las demás mujeres. Olimpia, que dará un baile de estos días, nos ha invitado a Margarita y a mí, como si nosotros debiéra- volver ya a ese mundo. ¡Qué largo se me hace el tiempo lejos de ella!... ué libro es este? ¡Manon Lescaut! La mujer que ama, no hace lo que tú, non!... ¿Cómo está aquí este libro? (Ana entra con luces. Armando lee.) «Te juro, a mía, que solo a tí te amo; ¿pero no comprendes que en el estado que nos ontramos, la fidelidad es una necia virtud? ¿Crees que se puede estar muy ñosa cuando no se tiene pan? Te adoro, no lo dudes, pero déjame pensar en stra fortuna; déjame trabajar para que el adorado de mi alma sea rico y feliz. hermano te dará noticias mías; él te dirá lo que he llorado antes de separar-de tí...» (Deja el libro con tristeza y queda un rato pensativo.) Tenía razón, pero no ía amar, porque el amor no razona... (Se acerca a la ventana.) Esa lectura me hecho daño. Las siete. (Llama al timbre.) Mi padre no vendrá. Diga usted a la ora que puede volver.
ANA.—La señora no está en casa.
ARM.—¿Pues dónde está?
ANA.—En el camino me ha encargado diga al señor que volvía en seguida.
ARM.—¿Ha salido con la señora Duvernoy?
ANA.—La señora Duvernoy salió antes que la señora.
ARM.—Está bien. (Vase Ana.) Es capaz de haber ido a París a vender... Feliz-nte Prudencia, a quien he prevenido, sabrá impedirlo... (Vuelve a la ventana.) parece ver una sombra en el jardín. ¿Será ella? ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Na-responde! (Llama.) ¡Ana! ¡Ana! tampoco contesta. ¿Por qué he permitido salir largarita?.. ¿Me ocultaba algo? ¡Lloraba!... ¿Me engañará? ¡Imposible! ¿Qué habrá sucedido? ¿estará herida? ¿muerta? (Va a salir y se encuentra con un man-ero.)
MAN.—¿El señor Armando Duval?
ARM.—Yo soy.
MAN.—Esta carta para usted.
ARM.—¿De dónde viene?
MAN.—De París.
ARM.—¿Quién se la ha dado a usted?
MAN.—Una señora.
ARM.—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí sin llamar?
MAN.—La verja estaba abierta, no había nadie en el jardín, he visto luz en esta bitación y he entrado.
ARM.—Está bien; déjeme usted. (Vase el Mandadero.)

Armando y luego Duval.

ARM.—De Margarita... ¿Por qué estoy turbado? Sin duda me espera y me carga que vaya a buscarla... Tiemblo. ¡Soy un chiquillo! (Durante este tiempo D ha entrado colocándose detrás de su hijo, mientras lee la carta.) «Armando: cuando usted esta carta...» (Da un grito de cólera. Al volverse ve a su padre y se arroja en brazos.) ¡Ah! ¡padre mio! ¡padre mío! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Salón en casa de Olimpia. Suena una orquesta. Baile, movimiento, luces.

Gastón, Arturo, el Doctor, Prudencia, Natalia e Invitados; después Saint-Gaudens y Oli

GAS.—(Tallando al bacarrá.) Hagan su juego, señores.

ART.—¿Cuánto hay en banca?

GAS.—Cien luises.

ART.—Cinco francos a la derecha.

CAB.—¿Y para eso preguntas cuanto había en banca?

ART.—¿Prefieres que juegue diez luises de boquilla?

GAS.—No, no.

CAB.—¿Y usted, Doctor, no juega?

DOC.—No.

CAB.—¿Qué hace usted aquí entonces?

DOC.—Pasar el tiempo más agradablemente.

GAS.—(Hablan y ríen en torno de la mesa.) Si es así como juegan ustedes, ced banca.

PRU.—Espera; juego diez francos.

GAS.—¿Dónde están?

PRU.—En el bolsillo.

GAS.—Daría quince por verlos.

PRU.—¡Caramba! ¡Pues no he olvidado el portamonedas!

GAS.—Ya hace tiempo que está acostumbrado a quedarse en casa. Toma luis.

PRU.—Te lo devolveré.

GAS.—No digas tonterías. Tengo nueve. (Dando las cartas y recogiendo el dine

CAB.—Siempre gana.

ART.—Yo pierdo cincuenta luises.

NAT.—Doctor: cure usted a Arturo la enfermedad de darse importancia.

DOC.—Es una enfermedad de la juventud, que sólo se cura con los años.

NAT.—Dice que ha perdido mil francos, y no tenía más que dos luises cua llegó.

ART.—¿Cómo lo sabe usted?

NAT.—¡Sí, que necesito yo mirar un bolsillo para saber lo que encierra!

ART.—Y después de todo, ¿eso qué prueba? Que debo nuevecientos franc

NAT.—Compadezco al acreedor.

ART.—Hace usted mal, querida, porque pago todas mis deudas, bien lo s usted.

GAS.—Vamos, señores, al juego; aquí hemos venido a divertirnos.

OLI.—(Entrando con Saint Gaudens.) ¿Siguen ustedes jugando?

ART.—Siempre.

OLI.—Dame diez luises, Saint-Gaudens.

GAS.—Su reunión de usted es encantadora, Olimpia.

ART.—Saint-Gaudens sabrá lo que le cuesta.

OLI.—No es él quien lo sabe, sino su mujer.
SAINT.—¡Bonita frase! ¡Hola, Doctor! Tengo que **consultar con usted. Sufro** unos vahidos.
DOC.—¡Caramba!
OLI.—¿Qué le consulta a usted?
DOC.—Cree tener una enfermedad cerebral.
OLI.—¡Presuntuoso! He perdido, Saint-Gaudens; juega por mí y **trata de** nar.
PRU.—Saint-Gaudens, ¿me presta usted tres luises?
NAT.—Saint-Gaudens, traígame usted un helado.
SAINT.—En seguida.
UNA.—Saint-Gaudens, ¿qué ópera cantaste anoche?
NAT.—Y cuéntenos usted la historia del coche amarillo.
SAINT.—Ya voy, ya voy.
PRU.—¿Te acuerdas de la historia del coche amarillo?
GAS.—¿Que si me acuerdo? Fué en casa de Margarita donde Olimpia se empeñaba en contarnos esa historia. Y a propósto, ¿ha venido esta noche Margarita?
PRU.—No, pero va a venir.
GAS.—¿Y Armando?
PRU.—Armando no está en París... ¿No sabes lo que ha pasado?
GAS.—No.
PRU.—Rompieron. Le dejó Margarita.
GAS.—¿Cuándo?
PRU.—Hará un mes. Hizo bien Margarita.
GAS.—¿Por qué?
NAT.—Porque se debe dejar a los hombres, antes que la dejen a una.
ART.—¿Pero se juega o no se juega?
GAS.—¡Que cargante eres! ¿Creerás que voy a estarme cansando para ganar cinco francos?
SAINT.—(Entrando con un helado.) Aquí tiene usted el helado.
NAT.—Mucho ha tardado usted. Cierto que a su edad...
GAS.—(Levantándose.) Ha saltado la banca, señores. Cuando pienso que si me dijeran: «Gastón, amigo mío, voy a darte quinientos francos por estar volviendo las cartas toda la noche,» de fijo no aceptaría; y ahora hace dos horas que las vuelvo para perder mil ¡Qué bonito oficio! (Toma otro la banca.)
SAINT.—¿No juega usted más?
GAS.—No.
SAINT.—(Señalando a dos caballeros.) ¿Quiere usted que llevemos una **vaca con** esos?
GAS.—No me inspiran confianza. ¿Los ha convidado usted?
SAINT.—Son amigos de Olimpia. Los conoció en el extranjero.
OLI.—(Mirando hacia la puerta.) ¡Armando!

Dichos y Armando.

GAS.—De ti hablábamos hace un instante.
ARM.—¿Y qué decían ustedes?
PRU.—Decía que estaba usted en Tours, y que no vendría por aquí.
ARM.—Pues se ha engañado usted.
GAS.—¿Cuándo has llegado?
ARM.—Hace una hora.
PRU.—¿Y qué cuenta usted de nuevo?
ARM.—Nada, amiga mía. ¿y usted?
PRU.—¿Ha visto usted a Margarita?
ARM.—No.
PRU.—Va a venir.
ARM.—¿Sí? Pues entonces la veré.
PRU.—¡Cómo lo dice usted!
ARM.—¿Cómo quiere usted que lo diga?

PRU.—¿Se curó usted ya de esa pasión?
ARM.—Si no fuera así no estaría en esta casa.
PRU.—¿No piensa usted más en ella?
ARM.—Decirla a usted que no pienso en ella, sería mentir; pero Marga me despidió con tal frescura; que he comprendido que era un imbécil querién la como la quería; porque estuve verdaderamente enamorado.
PRU.—También ella le quería a usted, y aun le quiere... pero iban a venc la todo...
ARM —¿Y pagó ya?
PRU.—A todo el mundo.
ARM.—¿Es Varvílle quien facilitó los fondos?
PRU.—Sí.
ARM.—Me alegro.
PRU.—Hay hombres que han nacido para eso. La ha vuelto a poner casa, ches, caballos, todo el antiguo esplendor. Es muy dichosa.
ARM.—¿Volvió a París?
PRU.—Naturalmente. No quiso volver a Anteuil después que usted se marc Fuí yo a buscar todos sus bártulos y los de usted también. Por cierto que te una porción de cosas suyas, mande usted a casa por ellas. Solamente una ca ra con la cifra de usted guardó Margarita; pero si usted quiere se la devolv también.
ARM.—No, que la guarde.
PRU.—Nunca la he visto como ahora: no duerme; corre de baile en baile. U mamente, después de una cena, tuvo que quedarse en cama tres días, y en cu to pudo levantarse volvió a empezar, a riesgo de morir. Si sigue así, no viv ¿Usted la verá?
ARM.—No. Procuraré evitar todo género de explicaciones. El pasado ha mu to de apoplegía. ¡Dios guarde su alma!
PRU.--Veo que es usted razonable, y de ello me felicito.
ARM —(Viendo venir a Gustavo.) Aquí viene un amigo con quien tengo que blar. ¿Usted me permite?
PRU.—¡Como no! (Yéndose al juego.) Juego diez francos.

Dichos y Gustavo.

ARM.—¿Recibistes mi carta?
GUS.—Ya lo ves, puesto que he venido.
ARM.—¿Y no te ha llamado la atención que te haya hecho venir a una de es fiestas de que hace tiempo estás apartado?
GUS.– Sí por cierto.
ARM.—¿Nada sabes de Margarita?
GUS.—Nada; cuéntame.
ARM.—Tú creías que me amaba, ¿no es verdad?
GUS.---Y lo sigo creyendo.
ARM.---(Dándole la carta de Margarita.) ¡Lee!
GUS.---¿Margarita te ha escrito esto?
ARM.---Ella misma.
GUS.---¿Cuándo?
ARM.---Hace un mes.
GUS.---¿Qué contestastes a esta carta?
ARM.---¿Qué había de contestar? ¡El golpe fué tan inesperado que pensé v verme loco! ¡Engañar así a quien tan ciegamente la quería! ¡Estas mujeres no t nen corazón! Tuve necesidad de un cariño verdadero después de tan cruel d engaño. Me dejé llevar por mi padre como un cuerpo sin alma. Llegamos a Tou creí poder vivir allí, pero me fué imposible; no dormía; me ahogaba. Amaba d masiado a esa mujer para poderla olvidar tan pronto: no podía sufrir más; parecía que iba a morirme si no volvía a verla, si no escuchaba de sus labios que me había escrito, y estoy aquí porque ella va a venir. No sé lo que pasar

engo la evidencia de que pasará algo, y puedo tener necesidad de un
.
s.---Estoy a tu disposición; mas reflexiona que se trata de una mujer, y el
que se hace a una mujer siempre es una cobardía.
M.---Tiene un amante, y si cometo una cobardía la pagaré con mi sangre.
I.--¡La señorita Margarita Gautier! ¡El señor Conde de Varville!
M.---¡Aquí están!

Dichos, Varville y Margarita.

I.—¡Qué tarde!
R.—Venimos de la Opera. (Saludan a los invitados.)
U.—¿Cómo se encuentra?
AR.—Bien.
U.—Aquí está Armando. (A Margarita.)
AR.—¿Armando?
U —Sí. (Armando va hacia la mesa de juego. Margarita sonríe timidamente. Armando
ida con frialdad.)
AR.—He hecho mal en venir a este baile.
U.—¡Al contrario! Era preciso que se encontraran ustedes un día u otro;
o antes, mejor.
AR.—¿Le ha hablado a usted?
RU.—Sí.
AR.—¿De mí?
RU.—¡Naturalmente!
AR.—¿Qué le ha dicho a usted?
RU.—Que tenía usted razón, que hizo usted bien.
AR.—¡Ojalá lo piense así, pero no lo creo! Me ha saludado con fingida frial-
y está muy pálido.
AR.—¿Has visto al señor Duval? (A Margarita.)
AR.—Sí.
AR.—¿Me juras que ignorabas que estuviese aquí?
AR.—¡Te lo juro!
AR.—¿Me prometes no hablarle?
AR.—Te lo prometo; pero no puedo prometerte no contestarle si me habla.
lencia, quédese usted conmigo.
OC.—¡Buenas noches, señora!
AR.—¡Buenas noches, Doctor! ¡Cómo me mira usted!
OC.—Es lo mejor que puede hacerse cuando se la tiene a usted delante.
AR.—¿Me encuentra usted cambiada?
OC.—Cuídese usted, cuídese usted, se lo suplico. Mañana iré a verla y la re-
a mi gusto.
MAR.—Regáñeme usted cuanto quiera, se lo agradeceré. ¿Se retira usted?
DOC.—No tardaré mucho; tengo un enfermo a quien visito todos los días a la
na hora hace seis meses.
MAR.—¡Qué fidelidad!
GUS.—A los pies de usted, Margarita.
MAR.—¡Oh! Cuánto celebro ver a usted, Gustavo. ¿Ha venido Sofía?
GUS.—No.
MAR.—Dispénseme usted; olvidaba que Sofía no debe venir aquí. ¡Amela usted
cho, que bien lo merece! (Llora.)
GUS.—¿Qué tiene usted?
MAR.—Soy muy desgraciada.
GUS —¿Por qué ha venido?
MAR.—¿Dispongo acaso de mis actos? Además, necesito aturdirme.
GUS.—Si quiere usted creerme, márchese usted pronto.
MAR.—¿Por qué?
GUS.—¡Quién sabe lo que puede ocurrir!... Armando...
MAR.—Armando me odia y me desprecia con razón.

Gus.—No, Armando la ama a usted como siempre, con locura. Mire usted nervioso está; no puede dominarse. Puede haber un encuentro entre él y Va ille. Fínjase usted enferma y váyase.

Mar.—¡Un duelo por mi causa! Tiene usted razón, debo marcharme. (Se vanta.)

Var.—¿Dónde vas?

Mar.—Me encuentro mal y quisiera retirarme.

Var.—No es cierto; quieres marcharte porque está ahí el señor Duval y parece hacerte caso; pero ya comprendes que yo no puedo retirarme porqu esté.

Oli.—¿Qué hacían esta noche en la Opera?

Var.—«La Favorita».

Arm.—La historia de una mujer que engaña a su amante.

Pru.—¡Qué vulgaridad!

Nat.—Diga usted que mentira, ninguna mujer engaña a su amante.

Arm.—Puedo asegurarla que existen algunas.

Nat.—¿Dónde?

Arm.—En todas partes. Quizá aquí mismo.

Gas.—¡Parece que juegas fuerte!

Arm.—Por ver si es cierto el refrán... «Desgraciado en amores...»

Gas.—Debes ser muy infortunado con las mujeres a juzgar por lo que gar

Arm.—Trato de enriquecerme para disfrutar de mi fortuna en el campo.

Gas.—¿Solo?

Arm.—No, con alguien que me acompañó en otro tiempo y que me abando Quizá ahora viéndome rico... ¡Nada, no consigo que hable!

Gas.—Ten compasión de esa mujer. ¿No ves lo que está sufriendo?

Arm.—Voy a contaros mi historia, que es muy curiosa. Interviene en el fi un caballero, un especie de «Deus exmaquina», que es un tipo encantador.

Var.—¡Caballero!

Mar.—(Bajo a Varville.) Si provocas a Armando, no vuelves a verme más.

Arm.—¿Decía usted?

Var.—Que es usted tan afortunado en el juego, que desearía jugar con us y le propongo una partida.

Arm.—Que yo acepto gustoso.

Var.—Cien luises.

Arm.—Vayan cien luises. ¿A qué paño?

Var.—Al que usted quiera.

Arm.—Cien luises a la izquierda.

Var.—Cien a la derecha.

Gas.—A la derecha cuatro, a la izquierda nueve. ¡Armando gana!

Var.—Doscientos luises.

Arm.—Vayan los doscientos; pero tenga usted cuidado, que el proverbio mismo reza conmigo que con usted, y como usted parece afortunado en amore

Gas.—¡Seis! ¡ocho! Estás de buenas.

Oli.—El Barón va a pagar la casa de Armando.

Mar.—¿Qué va a suceder?

Oli.—A la mesa, señores, nos aguarda la cena.

Arm.—¿Continuamos la partida?

Var.—Por ahora, no.

Arm.—Le debo una revancha, y se la ofrezco al juego que usted quiera.

Var.—Esté usted tranquilo, que aprovecharé su generoso ofrecimiento.

Oli.—(Cogiendo el brazo de Armando.) ¡Qué suerte tienes!

Arm.—¡Ah! ¿me tuteas cuando gano?

Var.—¿Vienes, Margarita?

Mar.—Tengo que hablar con Prudencia.

Var.—Si dentro de diez minutos no has venido, ten presente que volvere buscarte.

AR.—¡Está bien, vete!

Prudencia y Margarita.

AR.—Busque usted a Armando, y suplíquele usted por lo que más quiera en ndo, que venga, que tengo que hablarle.

RU.—¿Y si se niega?

AR.—No se negará. Me odia demasiado para despreciar la ocasión de de- elo.

Margarita, sola.

AR.—Es preciso que siga creyendo lo que cree. ¿Tendré valor para cumplir omesa que hice a su padre?... ¡Aquí está!

Margarita y Armando.

RM.—¿Qué desea usted, señora?

AR.—Deseo hablarle a usted.

RM.—¿Trata usted de disculparse?

AR.—No, Armando, no trato de eso, y hasta le suplico que no vuelva usted e lo pasado.

RM.—Hace usted bien. Encierra demasiada vergüenza para usted.

AR.—No me humille usted. Escúcheme sin odio, sin cólera, sin desprecio. e usted la mano.

RM.—¡Nunca, señora! Si es eso todo lo que tiene que decirme... (Se va a mar- y Margarita le detiene.)

AR.—¡Quién había de creer que llegase un día en que rechazara usted la o que yo le tendiera!... Pero no se trata de eso. Armando, es preciso que se e usted.

RM.—¿Que me aleje?

MAR.—Sí. Vuelva usted en seguida al lado de su padre.

ARM.—¿Y por qué, señora?

MAR.—Porque el Barón de Varville le va a desafiar, y no quiero que por mi sa ocurra una desgracia. Quiero sufrir sola.

ARM.—¡Es natural! Me aconseja usted una cobardia ¿Qué otro consejo podría me una mujer como usted?

MAR.—Armando, le juro a usted que desde hace un mes he sufrido tanto, que nas tengo fuerzas para hablar; conozco que mi enfermedad avanza por instan- y me consume. En nombre de mis sufrimientos, en nombre de nuestro pasado or, en nombre de su hermana, huya usted; vuelva al lado de su padre y olvíde- de mí.

ARM.—¡Tiembla usted por su amante que representa la fortuna, el lujo y el nestar, que yo puedo destruir de un pistoletazo!

MAR.—Tiemblo por usted, que puede morir.

ARM.—¿Qué le importa a usted que yo viva o muera? Cuando usted me escri- : «Armando, olvídeme, soy la querida de otro hombre», se cuidó acaso de mi a? Si no la perdi al leer esa carta, es porque tenia que vengarme. ¿Creyó us- l por ventura que me destrozaría impunemente el corazón y que no exigiría ntas a usted, ni a su cómplice? No, señora, no. Entre el señor de Varville y existe un abismo que sólo la sangre puede llenar.

MAR.—Varville es inocente de todo cuanto ocurre.

ARM.—Le ama usted. ¡Eso basta para que yo le odie!

MAR.—Ya sabe usted que no le amo, que no puedo amar a ese hombre.

ARM.—¿Entonces, porqué le admite como amante?

MAR.—No me lo pregunte usted, Armando, que no puedo decirlo.

ARM.—¿No? Yo se lo voy a decir a usted. ¡Se ha entregado usted a él, porque usted una mujer sin vislumbre de decoro; porque su amor de usted es de quien paga; porque ha convertido usted su corazón en una mercancía; porque ante sacrificio que por mí iba a hacer, retrocedió cobardemente dejándose llevar de s bajos instintos, y en fin, porque el hombre que le daba a usted su vida, entre- ándola con ella su honra y sus más caras afecciones, no valía para usted lo que s caballos de su coche y los diamantes de su cuello!

Mar.—Pues bien, sí, así ha sido. Soy una infame, una miserable criatura q no te amaba, que te ha engañado vilmente. Pero cuanto más infame sea más d bes despreciarme y menos debes exponer tu vida por mí... De rodillas te lo s plico; ¡sal de París; vete, vete!

Arm.—Lo haré así, pero con una condición.

Mar.—Sea la que quiera, la acepto.

Arm.—Tú vendrás conmigo.

Mar.—¡Nunca!

Arm.—¿Nunca?

Mar.—¡Dios mío, dame valor!

Arm.—Escucha, Margarita: estoy loco, tengo fiebre, mi sangre arde, mi cer bro estalla; estoy en ese estado de pasión en que un hombre es capaz de tod hasta de una infamia. He creído un momento que te odiaba; pero no es odio lo q a tí me atrae, es amor, amor invencible, frenético, irritante, aumentado con r mordimientos, con desprecio y vergüenza: porque me avergüenzo de sentirl Pues bien; dime una palabra de disculpa, achaca tu falta a la fatalidad, a cua quier cosa, y todo lo olvido. ¿Qué me importa ese hombre? Le odiaba, porque c que le querías. Dime que me amas y te perdono, huiremos de París, es decir, d pasado, hasta que no encontremos ser humano que nos inquiete, y nos hallem solos con nuestro amor.

Mar.—Mi vida daría por una hora de la ventura que me ofreces; pero esa f licidad es imposible.

Arm.—¿Todavía?

Mar.—¡Nos separa un abismo, y seríamos muy desgraciados! ¡No podem amarnos; huye, olvídame, es preciso, lo he jurado!

Arm.—¿A quién?

Mar.—A quien tenía derecho a exigirme ese juramento.

Arm.—A Varville, ¿no es cierto?

Mar.—Sí.

Arm.—¿A Varville, a quien amas? Dímelo y me marcho.

Mar.—Pues bien, sí, amo a Varville.

Arm.—(Arroja al suelo a Margarita y abre la puerta del foro.) ¡Entrad todos!

Mar.—¡Jesús!

Arm.—¿Veis esa mujer?

Todos.—¡Margarita!

Arm.—Sí, Margarita Gautier, la mercenaria Margarita Gautier. ¿Sabéis hizo? Vendió cuanto poseía para disfrutarlo conmigo alejada de París. ¿Sabé cómo la pagué? Portándome como un miserable. Acepté ese sacrificio sin dar nada en cambio. Pero aun no es tarde, y vengo a reparar mi falta. Vosotros so testigos de que nada la debo. (La tira los billetes al rostro. Margarita cae desmayada

Var.—¡Caballero, es usted un cobarde!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Alcoba de Margarita. Lecho en el fondo. Chimenea a la derecha y delante un sofá en el q está echado Gastón. No hay más luz que una lamparilla.

Margarita, acostada y dormida, y Gastón.

Gas.—(Levantando la cabeza.) Me he dormido un momento. Con tal que no n haya necesitado mientras tanto... ¡No! duerme... ¿Qué hora será? Las siete .. A no es de día... Voy a arreglar el fuego.

Mar.—(Despertándose.) Ana, dame agua.

Gas.—Allá voy, hija mía.

Mar.—(Incorporándose.) ¿Quién está ahí?

Gas.—(Preparando un cocimiento.) Gastón.

MAR.—¿Cómo está usted aquí?

GAS.—Beba usted primero, que ya se lo contaré después. ¿Tiene bastante ...ar?

MAR.—Sí.

GAS.—No he nacido para hermana de la Caridad.

MAR.—¿Y Ana, dónde está?

GAS.—¡Duerme! Cuando vine a las once a preguntar por usted, la pobre mu... cha se caía de sueño, yo en cambio estaba desvelado. Usted dormía. La he ... dado acostarse y me he tumbado ahí en el sofá, junto al fuego, y he pasado ... ran noche. ¿Cómo se encuentra usted hoy?

MAR.—Algo mejor querido Gastón, ¿pero por qué se incomoda usted por mí?

GAS.—¡Incomodarme! ¡Cuántas noches habré perdido bailando! ¡Aunque pase ... cuidando a una enferma! Además, tenía que decirla a usted una cosa.

MAR.—¿Qué?

GAS.—Está usted mal, ¿no es así?

MAR.—¿Cómo mal?

GAS.—Vamos, que no tiene usted dinero. Cuando vine ayer vi un procurador ...l salón. Le pagué y le despedí. Pero eso no basta. Yo no tengo gran cosa, ...erdido mucho jugando, y además he hecho una porción de compras inútiles ...a los regalos de primero de año... porque hoy principia el año que la deseo ...sted completamente feliz... Pero (La besa la mano.) en fin, todavía me quedan ...nte y cinco luises que dejo en este cajón. Cuando se acaben ya trataremos de ...er otros tantos.

MAR.—¡Qué buen corazón! ¡Y pensar que usted a quien llaman loco y calave... y que nunca ha sido para mí más que un buen amigo, es el único que me atien... y me cuida!

GAS.—Siempre pasa lo mismo... Ahora, ¿sabe usted lo que vamos a hacer?

MAR.—Usted dirá.

GAS.—Parece que va a hacer un día hermoso. Ha dormido usted ocho horas y ...avía va usted a dormir un poco más. De una a tres hará buen sol, vendré a ...carla, se abrigará usted bien, pasearemos un poco en coche y verá usted qué ...mente duerme después. Mientras tanto voy a ver a mi madre, que me echará ... tilípica porque hace quince días que no la veo; almuerzo con ella y vuelvo a ...na. ¿Le parece a usted bien?

MAR.—Trataré de tener fuerzas.

GAS.—¡Y las tendrá usted! Pasa, Anita, pasa; la señora está despierta.

Dichos y Ana.

MAR.—¡Estás muy cansada, pobre Anita!

ANA.—Un poco, señora.

MAR.—Abre la ventana, que entre luz; quiero levantarme.

ANA.—(Abriendo la ventana.) Señora, el Doctor.

MAR.—¡Pobre Doctor! Su primera visita siempre es para mí. Gastón, ábrale ...d la puerta al salir. Ayúdame a levantar.

ANA.—Pero señora...

MAR.—Lo deseo.

GAS.—Hasta muy pronto.

MAR.—¡Adiós! (Se levanta y vuelve a caer. Ayudada por Ana anda hacia el canapé. El ...tor entra a tiempo para ayudarla y sentarla en el sofá.)

Margarita, Ana y el Doctor.

MAR.—Buenos días, querido Doctor. Mira si hay cartas.

DOC.—Deme usted la mano. ¿Cómo se encuentra usted?

MAR.—Mal y bien. Mal del cuerpo, bien del espíritu. Anoche tuve tal miedo ...morir, que envié por un sacerdote. Estaba triste, desesperada, temerosa de ...muerte. ¡Vino aquel santo varón, y desesperación, terror y remordimiento, ... huyó ante su palabra! Luego me adormecí y acabo de levantarme.

DOC.—¡Perfectamente! Vamos bien y le prometo que estará curada para los ...meros días de la primavera.

MAR.—Gracias, Doctor... Cuando dijo Dios que la mentira es un pecado ceptuó a los médicos de seguro. (A Ana que entra.) ¿Qué traes ahí?

ANA.—Regalos, señora.

MAR.—¡Ah, sí! Hoy es primero de enero. Hace un año, aun estábamos ce do a estas horas, dando al año que nacía la misma sonrisa con que habíamos pedido al año muerto. (Abre los paquetes.) Una sortija con la tarjeta de Saint-dens. Una pulsera del Conde de Giray que me la envia desde Londres. ¡Qué to daría si me viera! Dulces... bombones... Usted tiene una sobrina, ¿no es ver Doctor?

DOC.—Sí, señora.

MAR.—Llévele usted todos estos dulces. ¿Es esto todo lo que había?

ANA.—Y también una carta.

MAR.—¿Quién me escribirá? Baja esos bombones al coche del Doctor. «(rida Margarita: He estado muchas veces a verte y nunca me has querido re sin embargo, no quiero que faltes al acontecimiento más feliz de mi vida; me el primero de enero, es el regalo de Pascuas que me hace Gustavo; espero no serás la última en asistir a la ceremonia, que se celebrará, sin pompa ni r en la capilla de Santa Teresa, en la iglesia de la Magdalena. Te abraza con la fuerza de su feliz corazón —Sofía.» ¡Todo el mundo es feliz! ¡El dolor me ingrata!

ANA.—(Aparte.) ¿Qué tal, Doctor?

DOC.—¡Muy mal!

MAR.—Creen que no los oigo... Hágame usted el favor de dejar esta cart la iglesia en que se casa Sofía, y encargue usted que no se la entreguen h que acabe la ceremonia. No me olvide usted y vuelva pronto, si puede. (Va Doctor.)

Margarita y Ana.

MAR.—Ahora arreglemos un poco este cuarto. (Llaman.) Han llamado, abrir.

ANA —(Después de salir y volver.) Es la señora Duvernoy.

MAR.—¡Que entre!

Dichos y Prudencia.

PRU.—¿Cómo se encuentra usted?

MAR.—Mejor, Prudencia, muchas gracias.

PRU —Tengo que hablarla a usted a solas.

MAR.—Ve a arreglar los otros cuartos. Ya te llamaré cuando te nece (Vase Ana.)

PRU.—Voy a pedirla a usted un favor.

MAR.—Diga usted.

PRU.—¿Está usted en fondos?

MAR.—Ya sabe usted que nada me sobra hace tiempo, pero en fin...

PRU.—Es que hoy es primero de año y tengo que hacer algunos regalos. podría usted prestar doscientos francos hasta fin de mes?

MAR.—¡Fin de mes!

PRU.—Si no puede usted...

MAR.—Tenía necesidad del poco dinero que me queda.

PRU.—Entonces no hablemos más

MAR.—Pero ¿qué importa? abra usted ese cajón ¿Cuánto hay?

PRU.—Quinientos francos.

MAR.—Tome usted los doscientos que necesita.

PRU.—¿Tendrá usted bastante con el resto?

MAR.—Me sobrará.

PRU.—La dejo a usted. La veo más animada que otras veces.

MAR.—Efectivamente, estoy mejor.

PRU.—Pronto volverán los buenos tiempos y acabará usted de curarse e campo.

MAR.—Sí, sí.

Pru.—Repito las gracias.

Mar.—Envíeme usted a Ana.

Ana.—¿Ha vuelto a pedirla a usted dinero?

Mar.—Sí.

Ana.—¿Y se lo ha dado usted?

Mar.—¡Vale tan poco el dinero, y ella parecía necesitarlo tanto!... Y sin embargo, nos va hacer falta, tenemos que dar aguinaldos. Toma esa pulsera que e han enviado, vé a venderla y ven en seguida.

Ana.—¿Y si mientras necesita usted algo?

Mar —No tardarás mucho. Ya conoces el camino. ¡Has vendido tantas cosas esde hace tres meses! (Váse Ana.)

Margarita, sola. Saca una carta que tiene en el seno y la lee.

«Señora: he sabido el duelo de Armando con el Conde de Varville, no por mi jo, que se fué sin avisarme ¿Lo creerá usted? La acusaba a usted de ese duelo de esa repentina marcha. Gracias a Dios, Varville está fuera de peligro y lo todo. Ha guardado usted su juramento más allá de lo que las fuerzas le permian y está usted enferma. He escrito toda la verdad a Armando. Está lejos, pero olverá para pedirle a usted no sólo su perdón, sino el mío, que tanto daño la he echo y que ansío en reparar. ¡Cúidese usted mucho y espere! Su valor y su abegación merecen un porvenir dichoso: lo tendrá usted, se lo prometo.—*Jorge uval*, veinticuatro de Noviembre.» Hace cinco semanas que recibí esta carta y le leo a todas horas para reanimar mi abatido espíritu. ¡Si recibiera otra de Armando! Si pudiera vivir hasta la primavera! (Mirándose al espejo.) ¡Qué cambiada stoy! Sin embargo, el Doctor espera curarme. ¡Me engaña! Hablando con Ana, oí decir que estaba mal... ¡muy mal! ¡Si Armando volviera! ¡Quizá mi estado o sea tan grave! Si lo fuese, Gastón no tendría valor de bromear como lo hacía ace un instante ni el médico se apartaría de mi lado... (Mirando por la ventana.) Qué alegría en los hogares!. . ¡Qué hermoso niño, cómo ríe y salta! ¡Toma, ya ue no puedo besarte de otro modo!

Ana y Margarita.

Ana.—¡Señora!

Mar.—¿Que quieres, Ana?

Ana.—¿Está usted mejor hoy, no es verdad?

Mar.—Sí, ¿por qué?

Ana.—¿Me promete usted tener calma?

Mar.—¿Qué sucede?

Ana.—He querido prevenirla a usted... ¡una alegría brusca es tan difícil de oportar!

Mar.—¿Una alegría dices?

Ana.—Sí.

Mar.—¡Armando! ¿Has visto a Armando? ¿Viene Armando? (Ana hace signos que y va hacia la puerta, en la que aparece Armando. Margarita se echa en sus brazos.) ¡Armando! ¡Oh, no eres tú, es imposible que Dios sea tan bueno!

Margarita y Armando.

Arm.—¡Yo soy, Margarita, tan arrepentido, tan culpable, tan inquieto, que no e atrevía a atravesar esa puerta! ¡Si no hubiese encontrado a Ana, me habría uedado en la calle, rogando y llorando! ¡Mi padre me ha escrito todo! ¡Yo estaa lejos, muy lejos! ¡Dime que me perdonas, que nos perdonas a los dos!...

Mar.—¡Perdonarte, alma mía! ¡Quería tu felicidad aun a costa de mi muerte! hora tu padre ya no nos separa, ¿no es verdad? No es tu Margarita de antes la ue encuentras; pero soy joven y pronto recobraré mi belleza, puesto que soy dihosa. Olvidémoslo todo y empecemos a vivir desde hoy.

Arm —Ya no me separo más de tí. Vamos a dejar ahora mismo esta casa. No olveremos nunca a París. ¡Mi padre te admira y te perdona! Mi hermana está asada. El porvenir es nuestro.

Mar. -¡Háblame, háblame así! Siento volver la salud con tus palabras; tu alieno me vigoriza. Hace poco decía que solo una cosa podría curarme. Tu presencia.

No te esperaba ya, y estás a mi lado. No quiero perder tiempo, y puesto q vida pasa ante mí, la agarraré al pasar. ¿No sabes? Se casa hoy Sofía. La mos. Entraremos juntos en la iglesia y rezaremos una misma oración. ¡Din me que me amas!...

ARM.—¡Sí, te amo, Margarita! ¡Toda mi vida es tuya!...

MAR.—(A Ana, que ha entrado.) Ana, arréglame para salir.

ARM.—¡Qué buena ha sido usted para ella; gracias!

MAR.—Todos los días hablábamos de ti las dos; porque nadie se atrevía a pronunciar tu nombre. Ella sola me consolaba, asegurándome que volv No se engañaba. Has visto hermosas tierras. Me llevarás, ¿no es cierto?

ARM.—¿Qué es eso, Margarita, palideces?...

MAR.—No, nada. Ya comprendes... La dicha no entra de repente en un zón sin oprimirle un poco...

ARM.—¡Margarita, háblame, te lo suplico!

MAR.—No tengas miedo, no te alarmes; ya sabes que sufro con frecuenc tos ligeros desmayos. Pero pasan pronto. ¿Ves? Ya estoy bien, ya estoy fu Es la sorpresa de volver a vivir lo que me ahoga.

ARM.—¡Tiemblas!

MAR.—No es nada. Vamos, Ana, dame un chal y un sombrero.

ARM.—(Asustado.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MAR.—(Quitándose el chal con cólera después de haber tratado de andar.) ¡No p

ARM.—Corra usted a buscar al médico.

MAR.—Sí, dile que Armando ha vuelto, que quiero vivir, que es precis viva. Si tu vuelta no me salva, nada me salvará. Tarde o temprano, las cri han de morir de aquello que vivieron. ¡He vivido de amor y por él muero!

ARM.—No me hables así. ¡No me digas que vas a morir; dime que no lo c que no puede ser, que no lo quieres!

MAR.—Obedéceme. En ese secreter hay un medallón con mi retrato... cı yo era hermosa. Me lo había mandado hacer para tí; guárdalo: te ayudará cordarme. Y si un día una mujer te ama y te casas con ella, como debe ser deseo; si al encontrar ese retrato pregunta de quién es, la dirás que es d amiga que desde el último rincón del paraíso, si es que Dios la permite e ruega todos los días por ella y por ti. Si celosa del pasado, como lo somos ces las mujeres, te pide el sacrificio de mi imagen, destrúyela sin vacilació remordimientos: de antemano te perdono.

Dichos y Ana; después Sofía, Gustavo y Gastón. Sofía entra asustada.

SOF.—Me habían dicho que te estabas muriendo y te encuentro levant alegre.

ARM.—¡Oh! ¡Gustavo, que desgraciado soy!

MAR.—Si, me estoy muriendo; pero soy muy dichosa y mi felicidad ocul muerte. Ya estáis casados. Seréis más dichosos aún que antes. Dame la m ¡Y dicen que el morir es tan doloroso!... Mira; Gastón que venía a busc Perdóneme usted. La dicha es ingrata y le había olvidado. Ha sido muy b conmigo... ¡Ah! es extraño.

ARM.—¿Qué?

MAR.—¡Que soy feliz! ¡Que no sufro! Parece que me vuelve la vida. S un bienestar como nunca he experimentado. ¡No, no me muero! ¡Ah! ¡Qué estoy! ¡Cuánta luz!... ¡Qué bien... qué bien! (Se sienta y parece adormecerse.)

GAS.—¡Duerme!

ARM.—(Con inquietud; luego con terror.) ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Margar (Da un grito. Tiene que hacer un esfuerzo para separar su mano de las de Margarita y cede asustado.) ¡Ah!... ¡Muerta! ¡Dios mío! ¿qué va ser de mí? (Gustavo lo sost

GAS.—¡Cuánto te amaba!

SOF.—(Arrodillándose.) ¡Duerme en paz, Margarita; mucho te será perdo porque has amado mucho!

SUSCRIBASE USTED

DESDE 1.° DE AÑO

A NUESTRAS POPULARISIMAS REVISTAS

		Madrid y Provincias.	Extranjero
Novela Corta	Año	7,50	10,00
Novela Tentral	»	9,50	12,00
Novela Corta y La Novela Teatral (Suscripción combinada).	»	15,00	20,00

MADRID.—CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 498

NESFARINA

EL MEJOR ALIMENTO PARA NIÑ



USTED NO COLGARIA A SU HIJO DEL BALC

pero le expone a peligros mayores.

NECESITA LA NESFARINA, ¿PORQUE NO DARSE

MILES DE NINOS MUEREN por trastornos gástricos debidos a una **ALIMENTACION INADECUADA**

Pida la cartilla para las madres, gratis, o una muestra enviando 50 céntimos para fra

COMPAÑIA INDUSTRIAL NESFARINA.—ZARAG